MINISTERIO DE TRANSPORTE Y OBRAS PUBLICAS
INSTITUTO NACIONAL DEL LIBRO

DIARIO DEL VIAJE DE MONTEVIDEO A PAYSANDÚ

DÁMASO ANTONIO LARRAÑAGA






INSTITUTO
NACIONAL
DEL LIBRO



República Oriental del Uruguay

José Luis Ovalle

Ministro de Transporte y Obras Públicas

Ing. Julián Murguía

Director del Instituto Nacional del Libro

Dámaso A. Larrañaga

Diario del Viaje de Montevideo a Paysandú

(La primera descripción de los caminos del Uruguay)

Prólogo de
José de Torres Wilson



1994



ISBN: 9974 - 36 - 029 - 3

El texto de esta obra ha sido transcripto textualmente de la edición de Clásicos Uruguayos Vol. 92 pp. 51 - 118 (1966)

Ilustración de cubierta: "Vista general de Montevideo". Litografía de Eug. Cicéri sobre dibujo y pintura de Adolphe D' Hastrel. (Biblioteca Nacional)

Corrección: Martha Ulfe
Diagramación: Héctor Embeita

IMPRESO EN URUGUAY
PRINTED IN URUGUAY

Larrañaga, Dámaso Antonio, 1771-1848.
Diario del viaje de Montevideo a Paysandú / Dámaso Antonio Larrañaga; prólogo de José de Torres Wilson.--1a.ed.--Montevideo: Ministerio de Transporte y Obras Públicas: Instituto Nacional del Libro, 1994
113p.; 24cm.--il.

1. Uruguay-Descripción y viajes, 1815

CDD 989.503

CIP: Lic. María Pía Braem


EL PADRE
DAMASO
LARRAÑAGA

PRÓLOGO

No resulta demasiado difícil imaginar el paisaje de lo que hoy es el Uruguay en 1815. La población total de la zona podría situarse en el entorno de los cuarenta mil habitantes, de los cuales sólo algo más de diez mil residían en Montevideo, pequeña ciudad puerto que apenas superaba el ámbito de la península en que la fundó Zabala.

Los pueblos y ciudades del interior entre los que se destacaban la Colonia del Sacramento y Maldonado apenas superaban unos pocos cientos a algún millar de habitantes cada uno. El resto de la población vivía dispersa en los campos y en las estancias, que podían llegar a ser puntos fortificados.

Quitando los alambrados, los postes de teléfono, las construcciones y -aún- los plantíos de eucaliptus que se plantaron en la segunda mitad

del siglo para abrigo del ganado, el resto era casi igual a lo que es hoy: una penillanura suavemente ondulada, sin grandes accidentes orográficos y surcada por múltiples corrientes de agua. En torno a estas últimas crecía el enmarañado y a veces impenetrable monte criollo.

Decir que en el territorio no había prácticamente caminos es decir lo menos.En la Banda Oriental de 1815 no había caminos y a veces, ni siquiera huellas. Era un inmenso mar rural con algunas salpicaduras minúsculas de tejido urbano.

La peor desgracia del paisano era "quedar de a pie". Un hombre sin caballo era como un cero a la izquierda, nada. Por eso aquí, en las pampas rioplatenses -como en los llanos venezolanos o en las praderas del norte de México- hombre y caballo constituyen, casi, un solo ser. Y, en efecto, las viejas crónicas de la conquista relatan el estupor de los indígenas al ver a los jinetes desmontar de sus cabalgaduras. Porque, en principio, aparecían como un solo y único animal.

Los abundantes ríos y arroyos constituían una vía de comunicación fundamental que sólo mucho después fue opacada por el ferrocarril y

luego por la red de carreteras, y la aparición, ya entrado el Siglo XX, de los automotores.

El río Uruguay tuvo su época de esplendor antes del ferrocarril y del transporte carretero y de ello es testimonio aún la opulencia de las casas de Salto, Paysandú y Mercedes. Durante años existió un "Vapor de la Carrera" que unió todo ese mundo del litoral, no con Montevideo, sino con Buenos Aires. Otro tanto puede decirse de las ciudades de la frontera con Brasil unidas de hecho a la economía riograndense de la cual formaban parte activa.

Pero, en 1815, fecha en que se realiza el viaje de Larrañaga de Montevideo a Paysandú sólo el instinto del baqueano podía encontrar el rumbo en aquella tierra sin mapas ni caminos y era frecuente que un hombre pudiese andar días y días cruzando campo sin encontrar ningún pueblo, ninguna estancia, y, aún, ningún otro ser humano. Tanto las cifras del ganado comercializado en la feria de Melo como el ingreso en el puerto de Salto de mercaderías europeas daban por sentado que se trabajaba para un mercado muy superior a lo que marcaban los límites jurídicos de nuestro territorio.

Los ríos y arroyos, cuando estaban crecidos, no daban paso y había que encontrar, río arriba o río abajo, el punto en donde se pudiese vadear aunque fuese nadando al lado del caballo. Por eso los viajes no sólo eran largos sino peligrosos y accidentados. El mundo animal estaba en acecho y el jinete presentía en el cuerpo del caballo que llevaba entre las piernas las distintas palpitaciones que podía provocar la inminencia del peligro. Las orejas paradas y la negativa del caballo a seguir eran signo inequívoco de que el animal había visto u olfateado algo que los sentidos del cristiano que lo montaba no habían llegado a registrar.

La frecuencia con que grandes grupos de perros cimarrones atacaban a los viajantes y a los animales era índice elocuente de los peligros de la travesía.

El año 1815 ha sido considerado el año del apogeo político de José Artigas. Instalado en su campamento de Purificación, en una meseta sobre las barrancas del río Uruguay, pocos kilómetros al sur de Salto, Artigas no sólo gobernaba la totalidad del territorio oriental incluido Montevideo sino que, además, era reconocido como "Protector" de cinco provincias que hoy integran

la República Argentina: Entre Rios, Corrientes, Misiones, Santa Fe y Córdoba. Eso fue lo que se llamó la "Liga Federal" o "Liga de los Pueblos Libres", unión igualitaria de seis provincias incluida la Oriental que formaban un gran bloque geopolítico en torno a Buenos Aires, antigua capital del virreinato y gran puerto de la región que quería imponer sus normas a todo el litoral e interior. Es, precisamente, en esos momentos que hace eclosión la subyacente disputa de dos orientaciones en el seno de la revolución rioplatense: unitarios y federados. En ese sentido el oriental Artigas es el primer lider e ideólogo del federalismo argentino y su visión de las relaciones con el Paraguay y con el Alto Perú (hoy Bolivia) lo convierten en un precoz adelantado de lo que hoy sería el MERCOSUR.

Dámaso Antonio Larrañaga es, sin duda, el primer hombre de ciencia uruguayo, con una mentalidad ordenada y ordenadora que lo lleva a registrar minuciosamente toda la información referente a la geología, a la fauna y a la flora a lo largo de una ruta que se prolongó, entre la ida y la vuelta, por más de dos meses.

No escapan sus apuntes a una marcada predisposición para registrar y clasificar suelos,

plantas, animales y seres humanos que iban encontrando en su camino. De esos testimonios, puntualmente anotados en su libreta, surgen muchas de las primeras descripciones y clasificaciones de nuestro entorno cultural. La comisión que llevó a Larrañaga, acompañado por una guardia de ocho hombres y un sargento y los cuatro diputados por el Señor Gobernador Intendente, el Señor Don Fernando Otorgués, Don Miguel Pisani por el Excelentísimo Ayuntamiento, el Señor Regidor de Menores de Cordón Antolín Reina y el Cura y Vicario Fray José Lamas.

De esta visión somera pero implacable surge la imagen de la despoblación y de la pobreza de nuestros campos en medio del período revolucionario y en vísperas de la invasión portuguesa. Hay una marcada procupación por lo religioso debida al carácter sacerdotal del relator. Pero se trata de una religión y un culto muy empírico, muy atentos a las gentes y a los lugares, sin grandes preocupaciones metafísicas, pero de un sólido sentido práctico de la fe cristiana.

Ese territorio oriental, de límites vagorosos, que Artigas trataría de precisar, de grandes vacíos interiores en donde lo rural es, sin duda

lo esencial, mientras que el fenómeno urbano, aún el de Montevideo apenas está empezando a proyectarse.

Es en ese escenario en donde la antigua Banda Oriental empieza a convertirse en la Provincia Oriental, según el concepto federal artiguista y finalmente la invasión luso-brasileña marcará un elemento diferencial que ninguna otra de las provincias del antiguo virreinato tuvo. Y el pueblo, disperso antes de la revolución había empezado a nuclearse en los episodios que condujeron al sitio de Montevideo y se fraguó definitivamente en la formidable aventura del Exodo.

No es casual, pues, que en el año 1813, en pleno segundo sitio, se realice el Congreso de Abril y surja allí el primer esbozo constitucional que idearon las Provincias del Plata, que fueron las Instrucciones del Año XIII

Jose de Torres Wilson
Director del Museo Histórico Nacional

Diario del Viaje desde Montevideo al pueblo de Paysandú en 1815 *

Mayo 31. Horas 12 3/4. A la una menos diez salimos de la casa capitular en un buen coche tirado por dos mulas y un cinchero de a caballo, escoltados de ocho hombres con un sargento, y los 4 diputados por el Sr. Gobernador Intendente, el Sr. D. Fernando Otorgués, D. Miguel Pisani por el Excelentísimo Ayuntamiento el Señor Regidor de Menores D. Antolín Reyna asociado conmigo el Cura y Vicario y por la Asamblea el

* *Viaje de Montevideo a Paysandú* por Dámaso Antonio Larrañaga. Publicado y anotado por el P. Baldomero M. Vidal. Salesiano. Montevideo, 1930.

R.P. Lector de Vísperas Fr. José Lamas.

Los equipajes los llevaba una carretilla.

1 3/4. Nuestra primer jornada fue a la quinta de dicho señor Regidor a donde llegamos a las dos menos diez, en donde comimos, y tomamos un felpudo para los pies, que [es] de suma utilidad para llevarlos abrigados, y hace mucha parte de la comodidad.

2 3/4. A las tres menos diez salimos, y pasamos por el paso del Molino, que llevaba tan poca agua que apenas [llegaba] a las rodillas de las mulas. El paso es bueno pero tiene mala bajada que podía remediarse con cien pesos muy fácilmente. Este arroyo se pone muy frecuentemente a nado, y se ha proyectado un puente en el Paso de las Duranas, que en el día casi está abandonado, por el mucho lodo, y otros inconvenientes originados de una quinta que han puesto en el mismo paso. El puente debe construirse sobre el paso chico, en partes se estrecha, y tiene buenos cimientos y aun materiales para su construcción en la misma pizarra que está del otro [lado]; y a mi juicio con dos mil pesos habrá bastante. Es esta obra de suma importancia; pues muchas de las huertas que abastecen a la ciudad están del otro lado,

y con este motivo no hay año que [no] haya desgracias, o que a lo menos la plaza no carezca de buen surtido.

3 3/4. A las cuatro menos diez llegamos a lo de Ortiz; y antes de pasar el arroyo de las Piedras tuvimos el contratiempo de haberse roto el eje de la carretilla de los equipajes. Como no traíamos otro de repuesto nos hallamos en un apuro bastante regular; pues la noche se acercaba, y el pueblo más inmediato era el que llaman de las Piedras, que es [en] extremo infeliz, a pesar de su muy buena situación. Todo en él despide; y preferimos dejar la carretilla y equipajes y andar de noche por alcanzar a la Villa de Canelones. Este pueblo tiene su nombre por unas rocas de granito rojo que están en el paso del arroyo, que es bueno y de fondo de arena gruesa, y llevaba poca agua. Es memorable en la historia de nuestra revolución, pues en 18 de mayo de 1811 el Sr. General D. José Artigas consiguió una victoria de las más completas que ha tenido la patria.

5 1/4. Llegamos al arroyo del Colorado, cuyas barrancas son de tosca colorada; que parece ser arcilla endurecida, ferruginosa, y según un ligero ensayo que hice tiene granos de

selenita. Estas toscas le dan el nombre a este arroyo, que lleva muy poca agua y el paso es de arena. Hasta aquí el camino deja cardales a la derecha principalmente. Estas plantas que cubren grandes porciones de estos campos son originarias de Europa, que provienen de los alcauciles que por falta [de] cultivo, se hacen silvestres y se erizan de largas espinas. La falta de árboles en estas inmediaciones, hace que se recurra a ellas para el fuego: los horneros de ladrillo hacen mucho uso de esta planta. Algunas otras plantas apreciables encontramos, que vestían y hermoseaban el campo no obstante que ya apuraban los fríos: entre ellas la oxálide o macachines; cuyas raíces producen unas batatillas muy tiernas y de un gusto exquisito; pero a más de este beneficio, creo que se pueden sacar otras ventajas de las túnicas de que se componen y son de un vellón muy fino, como si fuera seda, que cuando no den un hilo fuerte y consistente, podrán servir para pasta de sombreros. No he visto hasta ahora que se haga otro uso que aplicarlas para hacer yesca, metiéndolas en lejía o en agua nitrada.

6 1/2. Llegamos al arroyo de las Brujas, nombre cuya etimología ignoro. Aquí entrada la noche, no sólo fuimos privados del hermoso

espectáculo de la naturaleza y de la fragancia de sus flores, sino en su lugar empezamos a experimentar un olor pestilente e intolerable de ciertos animalillos nocturnos, conocidos con el nombre de hediondos o zorrillos, y que deben colocarse en la familia *Viberra* de Linneo.

A las 8 menos diez llegamos a la Villa de Canelones, que tiene su nombre de unos árboles así nombrados, y que debe colocarse en él la Caballería de la Flora Peruana como una nueva especie, que está al N.N.O. de Montevideo a distancia de 9 leguas, y 5 de las Piedras: es uno de los mejores pueblos de esta campaña: tendrá unos ciento y cincuenta vecinos: las calles están a cordel divididas en cuadras o manzanas de 100 varas: las casas serán como una tercera parte de azoteas; las restantes tienen los techos de la paja, de una grama que forma una especie nueva a quien he puesto el nombre de Paspalum tectorium; pero las paredes son de adobe enlucidas, y blanqueadas por dentro. Tiene un cabildo completo, y un comandante con una pequeña guarnición que en el día es un sargento, todos dependientes del gobernador político y militar de Montevideo: tiene una parroquia con un cura vicario y juez eclesiástico, que poco hace extendía su jurisdicción hasta la frontera portuguesa; pero que en el día tiene su

territorio ceñido a una zona de seis leguas contadas desde las Brujas hasta Santa Lucía N.S. y E.O. desde el Río de la Plata hasta la costa de la mar. No hay sino una sola iglesia que es la parroquial muy pobre y como de 16 varas de largo, de la que la 3ª parte es de azotea y el resto de la dicha paja. El altar principal tiene un pequeño retablo de un malísimo gusto; el sagrario está colocado en el zócalo o pedestal (pues [es] una cosa indefinible) de un dorado viejísimo, todo él cubierto de talla o de un relieve confuso y tan cargado que casi no se distingue el campo; este cuerpo termina en un nicho en que está colocada la titular bajo el nombre de N. S. de Guadalupe; lo mejor de todo es la Dolorosa que hay en otro altar de una buena escultura. Las demás efigies son indecentes y debían quemarse principalmente un San José de la sacristía y un Crucifijo aun mucho peor. Este pueblo ha recibido incremento en su población y edificios durante los últimos sitios de la plaza, por haber destruido todos los edificios de los propios y ejido de la capital, y trasportado las maderas, puertas, ventanas y rejas de dichas casas con las que se han edificado aquí otras muchas. No tiene sino fábrica de jabón, aunque antes tenía algunos saladeros. Las Piedras ha conseguido tener una fábrica de suelas, que

sería muy conveniente multiplicar en estos pueblos, en donde hay ya alguna arboleda y cortezas propias para tenerías, como son el sauce una especie nueva de *Salix*, el molle, una especie nueva de *Schinus*, el guayabo, una especie nueva de *Myrtus*, etc. Creo que contribuiría muy mucho al fomento de esta villa, si las tierras que están sobre el arroyo de uno y otro lado despobladas se repartiesen en suertes de chácaras de 500 varas de largo, y dos [cientas] de frente, que tendrían las ventajas de la leña y agua inmediata; y no que las han ido a colocar en un lugar árido y pobre en la entrada del pueblo tan distante del arroyo; y en este país lo mejor son las tierras bajas y frescas.

Junio 1º. A las 2 de la mañana llegó una carreta con los equipajes y la carretilla dentro. Luego que nos levantamos fue nuestro primer cuidar habilitarnos de un eje, el que para las once de la mañana estaba concluido; y nos dispusimos a marchar. Pero estando en este estado, tuvimos la desagradable noticia, que dos indios tapes hermanos que cuidaban de las mulas, y que habían ido a los Cerrillos por otras más, sin duda ebrios se pelearon, y uno de ellos cosió al otro a puñaladas, y últimamente ciego y olvidado hasta de los más íntimos sentimien-

tos de la sangre, lo degolló, dejándolo tendido en el campo. Por la mañana vinieron ambos a la villa, el uno para darle sepultura, en el cementerio, y el otro para asegurarlo en la cárcel, desde donde fue remitido a la ciudad. Creo que muchas desgracias se podrán evitar, si podemos huir de los pueblos, pues he advertido, que en ellos su principal negocio es el de bebidas espirituosas, de modo que son muy pocas las casas de [vino] fuerte en que no se haga este tráfico: abuso que las autoridades debían remediar, a lo menos con la imposición de un fuerte derecho, pues así serían pocos los [que] podrían excederse y contraer un vicio tan detestable en todos respectos así políticos como cristianos.

Junio 1º a las 11 3/4. Salimos de esta villa después de habernos desayunado con una buena fuente de huevos fritos con tomates y su buen trago de vino; siendo nuestro mesón una pulpería, pues en estos países no hay posadas fuera de estas casas, que sirven de todo. Últimamente nos despedimos del señor Cura y Vicario Dr. Gomensoro en donde pasé la noche, y de la honrada familia de D. Sebastián Rivero en donde se alojaron los demás compañeros, y de quienes recibimos mil obsequios, y por nues-

tra parte hicimos lo posible para manifestar nuestra gratitud.

12 horas. A las 12 llegamos a Canelón Chico, que distará una milla del pueblo. Está regularmente provisto de árboles, aunque los más están ya muy talados, y no producen sino ramazón para cercos de los sembrados y para ellos usan comúnmente del tala, una nueva especie de *Celtis espinosa.*

12 3/4. A las 12 3/4 llegamos al Canelón Grande,que distará una legua de la villa: tiene la misma arboleda, y su paso es también de arena como el anterior: ambos llevaban tan poca agua, que no subía a las rodillas de los caballos. Después de una milla del camino [nos] encontramos con un arenal de unas doscientas varas de largo; lo que es muy extraño en estos campos, a distancia de los ríos o arroyos, y mucho más lo fue para mí, después que había observado que desde el Colorado no se encuentran rocas, ni piedras, hasta aquel punto.

A las 2 de la tarde llegamos al pueblo Villa de S. Juan Bautista, en donde tuvimos que demorarnos, por estar el río de Santa Lucía a nado, y no haber auxilios para vadearlo. Esta villa dista de la de Canelones dos leguas al N. O.

Fue fundada mucho después de aquella por D. Eusebio Vidal. Sus primeros pobladores fueron unas familias que vinieron de Europa con destino de hacer poblaciones en la costa de Patagones, Río Negro y Puerto Deseado, que al poco tiempo fueron abandonadas, por ser esta costa tan estéril, que ni leña tenían con que tolerar un clima tan frío y desagradable.

No obstante creo que si los pobladores no fueran tan desidiosos como después lo han manifestado, hubieran progresado estos pueblos. Ello es que en esta costa [se] produce muy buen trigo, y el ganado vacuno se propaga y multiplica tanto o mejor que aquí, como sucede en las Malvinas, que están aun más al sur. El trigo, el ganado y la pesca de ballena y lobos marinos Phoca Linnei pudieron no sólo mantener estas poblaciones sino en riquecer a sus colonos.

Esta villa tendrá unos sesenta vecinos: tiene un cabildo, y el comandante en los mismos términos que el pueblo anterior. Sus calles están también a cordel, y no son tan lodosas, porque su terreno es algo arenoso. Hay muy pocas casas de azotea, las más son con techo de paja; pero la iglesia y [el] cabildo son de tejado, y mejores que los de Canelones, aunque ya amenazan ruina, principalmente el pórtico de

la iglesia. Esta tendrá unas doce varas de largo; tiene dos altares. En el mayor está colocado el Patrón San Juan Bautista, que era tan pequeño, que desde el medio de la iglesia no podía distinguirlo. Su retablo es más tolerable que el de Canelones, aunque no hay que pensar en gusto, ni arquitectura. El otro es [el] de Jesús Crucificado, que inspira tan poca devoción como el San José de la sacristía de Canelones; y parecen ser ambos de una misma mano. Hay en esta iglesia un solo sacerdote, que antes tenía renta por el estado, con la obligación de decir misa a los pobladores, quienes también tenían la asignación de un real diario por cabeza, y atenidos a esto no cuidaban de trabajar, sino en multiplicarse. Pero antes de la revolución había cesado esta gratificación; y el capellán no tiene otros emolumentos que aquellos que le cede el cura de Canelones como un ayudante en la administración de sacramentos.

Lo que llegamos al pueblo, fue nuestra primera diligencia pasar a ver al comandante. Este nos hizo entrar a su casa, y nos recibió con tanto agrado y miramiento que me avergonzó recibiéndonos con una música regular de dos violines, tambora y triángulo, tocados por cuatro indios de Misiones. Después de recibido este obsequio, le dijimos que nosotros deseábamos

pasar la noche en la villa, y que no queriendo pensionar al vecindario, sería mejor que nos destinase alguna de las casas que estuviesen abandonadas a causa de la emigración durante los sitios de la plaza; y en donde estaríamos más a satisfacción. Habiendo oído nuestra súplica nos dirigió a una casa que hace esquina en la plaza, que aunque de azotea estaba muy húmeda y se llovía en la pieza principal, pero nos acomodamos en otra que en otro tiempo fue pulpería, y aunque llena de ratas estaba seca; nos proporcionó 4 sillas, una mesa y cuatro catres de cuero en donde tendimos nuestras camas y pasamos la noche con algún sosiego.

Uno de nuestros compañeros, el señor Regidor de Menores tuvo la bondad de cuidar de que se nos proporcionase una buena cena, pues en todo el día no habíamos comido otra cosa que la fritada de Canelones. Su Señoría lo desempeñó tan bien que no faltaron buenos pollos asados y guisados con el mayor primor, buen caldo, hervido, pan, vino y café con cubiertos de plata. Para los peones y escolta se hizo carnear una res, y así nada faltó no sólo de lo necesario, sino aun de regalo.

Día 2. Nos levantamos temprano, y desayunados con una buena tortilla de huevos fue

nuestro primer cuidado preguntar al Comandante si ya habían venido los botes para vadear el río que aún estaba a nado; y como se nos dijese que aún no habían llegado, se dio orden de que se llevasen al paso unas cuarterolas para pasar el coche; pues nosotros pasaríamos en el bote de cuero.

9 1/2. Estando todo pronto bajamos al río a las 9 1/2; y allí supimos que el bote de cuero estaba lleno de agujeros, y podrido por no haber tenido cuidado de sacarlo del agua y secarlo. Pero tal era el deseo [de] desempeñar nuestra comisión cuanto antes, que nos resolvimos a pasar dentro del mismo coche sostenido por cuatro pipas. Un vizcaíno viejo botero antiguo en este paso, y muy práctico en estas maniobras acomodó para ello dos cuarterolas una en cada estribo, y una pipa en la delantera y otra en la zaga y nos aseguró que eran bastantes no sólo para el coche que era muy pesado, sino para todos nosotros y aun muchos más dentro de él.

11 1/2. A esta hora estaba todo dispuesto, yo estuve muy divertido viendo la habilidad de nuestros paisanos, que miraban estos peligros, y el paso del río como una diversión para ellos.

Unos se desnudaron y montaron a caballo ya sin el recado, y se arrojaron al río para probar el lugar en que había menos agua: lo pasaron y repasaron varias veces; pero advertía, que así que nadaba el caballo se arrojaban al agua, del lado opuesto a la corriente, y agarrándose de la crin lo gobernaban dándole de palmadas en la cabeza para que se volviesen hacia ella y no se dejasen arrebatar del agua. Otros entre tanto con cueros hicieron pelotas con el pelo para dentro, formando unos cuatro picos recogidos con huascas y dejando plano el fondo, las cargaron de los fusiles y recados, y demás ropa y por medio de una cuerda las tiraban o bien por los caballos o bien por ellos mismos a nado a pesar de la mucha corriente. Otros que tenían confianza en sus caballos se arrojaban al agua con silla y vestidos llevando el fusil levantado y pasaban muy fácilmente mojándose solamente los calzadores: uno de los que hicieron esto fue el sargento. Nosotros que veíamos esto tomamos confianza y nos resolvimos a pasar. Para ello ataron dos lazos largos a la cola de dos caballos, y prendiéndolos al coche tiraban por él como lo hicieran las mulas a la cincha. Este fue para mí y para cualquier otro observador del mundo antiguo un espectáculo tan extraño que creo que no se practica sino en América, en

donde la falta de recursos hace descubrimientos cuya práctica será utilísima aun en la misma Europa cuando urge muchas veces vadear los ríos sin puentes en retiradas apuradas o sorpresas del enemigo. Bien que siempre se echaría de menos la destreza de nuestra gente en el caballo. En fin nosotros pasamos sin la menor desgracia todos, y solamente la carretilla por haber faltado una pipa se hundió la culata y con este motivo se mojó mucha parte de nuestros equipajes. La culpa de esto [la] tuvo un negro que quiso pasar agarrado de una de ellas y haciendo esfuerzos la desprendió; pero los otros se embarcaron en las pelotas y pasaron perfectísimamente.

1 de la tarde. A la una caminamos porque fue preciso demorarnos un poco para secar la ropa y algunos papeles que se mojaron con nuestros equipajes.

2. A las dos de la tarde llegamos a la estancia de Cardoso; con el fin de mudar caballos y mulas. Yo deseaba reconocer unos árboles que desde lejos me parecían frutales, cosa que creía extraña, pues había advertido que ni aun en las chácaras de Santa Lucía se encontraban, y había mucho descuido en esta parte,

ceñida toda su agricultura al trigo, maíz y zapallos, pero así que llegamos conocí que [era] un bosque de talas corpulentos. De aquí salimos a las tres con destino a Cagancha. Todo este camino es llano, y tan abundante de pastos, que así que nos ladeamos un poco nos parecía que íbamos sobre un colchón de heno: tanta es la grama de que están cubiertos estos campos, principalmente en el día en que no hay aquellas manadas de caballos y ganados que en otro tiempo había. Este camino está enteramente despoblado, pero a una distancia hacia la derecha se dejaban ver muchas poblaciones.

5 1/2. A las 5 1/2 llegamos a Cagancha: este arroyo entra en San José, no tiene arboleda y su paso es pantanoso y hondo, de modo que fue preciso para salir poner tres tiros de caballos más. La casa en donde nos alojamos era del comisionado Nieva. Esta campaña a más de los cabildos que hay en los pueblos, tiene jueces comisionados en cada partido o distrito en que está dividida. Son nombrados no por los cabildos inmediatos, sino por el Exmo. Cabildo de Montevideo en consorcio de su presidente que es su gobernador. La elección recae sobre algún vecino del mismo partido; y puede hacer sumariar, aprehender los delincuentes auxilia-

do de los mismos vecinos, y transar algunas pequeñas diferencias que entre ellos se suscitan.

La casa de este vecino comisionado estaba reducida a un rancho de paja enlucido y blanqueado por dentro con un pequeño repartimiento para su familia, acomodándonos nosotros en la salita que sería de unas cinco varas. No tuvimos otros catres que un cuero sobre el suelo en donde tendimos nuestros colchones. Cenamos a las ocho y media buenos patos y pollos bien sazonados, caldo y hervido: no faltó pan, manteles ni cucharas de hierro estañadas, platos de loza y jarros de lo mismo. Nosotros pusimos el vino, y así nada nos faltó. Para los peones y escolta se mató una res, y comieron sus asados y churrascos, que son unas tiras largas de carne tiradas sobre las brasas, sin más condimento, ni sal. Esto suele ser su comida ordinaria.

Día 3. Al ser de día nos levantamos, tomamos nuestro mate con azúcar que llevábamos, y pasé a informarme y observar algo, pues habiendo llegado casi de noche no tuve tiempo sino para concluir el oficio divino. Yo observé que tenía esta casa a más de la habitación en que dormimos su cocina y otros galpones de paja, pero en muchas partes arruinados y que

nuestra gente había preferido dormir afuera con un gran fogón de leña, en donde estaban ya tomando su té del Paraguay y sus asados. Un poco distante de la casa en lugar bien ventilado encontré unas pieles enteras de buey abiertas por el lomo, y sostenidas por cuatro postes llenas de trigo, y que en este país llaman *noques*. Se escoge para esto uno de los bueyes más corpulentos, y como los de este país lejos de haber degenerado esta raza europea como quiere el sistemático Buffon, han mejorado tanto y adquieren un volumen tan extraordinario, que en dos pieles de éstas frescas y estiradas con el mismo peso del trigo caben sobre treinta y tres fanegas de este grano. Yo creo que después de lo mucho que se ha discutido en Europa sobre la conservación de los granos, nada hay que le iguale a nuestros *noques*, que conservan el trigo; sin humedad y sin gorgojo.

Día 3 de junio. 7 1/2. Nuestro Regidor el caballero Reyna que estaba sumamente impaciente por llegar, hizo levantar nuestra gente para que sacasen las mulas y caballos del corral, y saliesen a pastar un poco, pues en estos países no se acostumbran pesebres, ni se destinan otros granos para las bestias que los

que la fecunda naturaleza produce espontáneamente en ellos. Todo estaba pronto a las 7 1/2, y hechos los cumplidos de estilo a estos buenos vecinos que a pesar que han padecido en todo, siempre nos recibían y trataban con el mayor obsequio y generosidad, salimos para la villa de San José, por un camino llano, abundantísimo de prados naturales y sin ningún estorbo, ni arroyo hasta el de Carreta Quemada, que dista su paso como dos millas del pueblo. Este es bueno para carruaje, y aunque un poco hondo apenas llegaba al encuentro de los caballos. Del otro lado ya nos esperaban algunos vecinos con auxilio de cincheros; y así llegamos pronto al paso del río de San José que tendría la misma agua que [el] anterior, y su fondo era arenisco. Este río, como el arroyo de Carreta Quemada está provisto de arboledas, y los sauces eran los que más descollaban entre todos, pues ya quedan muy pocos talas corpulentos en estas cercanías.

10. A las 10 de la mañana llegamos a la villa de San José, que dista al N. del paso una milla; y se sube hasta el pueblo, por estar éste en una altura o colina; y presentaba una buena vista desde lejos. Desde luego advertí que sus edificios e iglesia eran sin duda mucho mejores que

los de los pueblos anteriores, y que puede ya en el día competir en población. No hay sino una iglesia que es la parroquial; es de bóveda y recién construida; tendrá de largo unas 25 varas; es elevada, pero le falta aún el campanario, teniendo colgadas de la fachada unas tres campanas medianas: tiene estribos a los lados, para mayor seguridad de la bóveda. La fachada carece de pórtico y no tiene orden alguno, sino unas muy malas pilastras. Las puertas eran provisionales hechas de tablas toscas clavadas. El altar mayor carece de retablo, y no tiene sino una mesa de ladrillo, vestida de yeso al estilo de las de Montevideo. El titular que es San José está en un nicho dentro de la pared; su efigie es regular lo mismo que una dolorosa pequeñita que hay en el otro altar.

Día 3. Paramos en la casa del cura, en donde su teniente y condiscípulo D. J. F. Larrobla, por ausencia del cura nos recibió y tenía ya el desayuno pronto de té con leche y unos pollos asados, los que unidos a una buena fritada de huevos y chorizos que ya en otra parte tenía dispuesta nuestro Regidor con buen pan y vino nos sirvió de comida hasta la noche.

12. A esta hora llegaría el cura el Dr. Peña,

y quiso acompañarme para que observase el pueblo principalmente las muchas casas que estaban haciendo recientemente; pero con el sentimiento, de que éstas se construían en los extremos del pueblo a la banda del río, y quedaba aun despoblada la plaza e inmediaciones de la iglesia por haber caído estos terrenos en vecinos pobres, o que teniendo posesiones afuera no cuidaban de edificar. Igual queja había oído al cura anterior; y ciertamente debía esto remediarse, pues estas reparticiones, como todas, se dan en América con la obligación de poblarlas. Hay en esta plaza mirando al E. la parroquia y una pequeña casa capitular, perteneciente al medio cabildo que hay en este pueblo. El cura tiene una casa mirando al N., con otros ranchos contiguos; todo lo demás está despoblado. Las calles tienen mucho lodo, tienen el mismo orden que los pueblos anteriores. Hay también como en éstos un Comandante Capitán de las tropas de la patria, que protege mucho a este pueblo: que será siempre memorable por haberse ganado en ella la primera victoria al mando de D. Manuel Artigas y Benavídez.

1 de la tarde. A la una salimos después de mil demostraciones de gratitud por el agasajo y

auxilios que recibimos para nuestro viaje. Habíamos antes hecho provisión de pan, yerba, vinagre, ají, y un queso, pues no pudimos encontrar más, ni mucho menos manteca de vaca, y aun la leche para el té se encontraba con dificultad según me lo aseguró el Teniente Cura; porque con la guerra civil de la campaña, no se encuentra una vaca, y apenas hay los bueyes precisos para arar. Todo el camino de esta tarde fue costeando el río de San José, y tiene muchas chácaras, y algunas eran de azotea. A las dos leguas encontramos el arroyo de Jesús María, y poco después varias otras cañadas todas ellas pantanosas: a tres leguas más adelante se halla un arroyo que llaman del Sauce, tiene arboleda, y aunque pequeño, el paso fue de los más hondos después del de Santa Lucía, de modo que tuvimos que andar con los equipajes.

3 de junio, 6 horas. A la legua se encuentra el arroyo del Espinillo con arboleda y buen paso; pero era entrada la noche, y nos fue preciso parar para hacer noche en unos ranchos que se nos presentaron. Pedimos posada al dueño de la casa que nos dijeron se llama D. Bernardino Baca, la que nos concedió sin la menor repugnancia. Por este mismo vecino

supimos que distábamos siete leguas de San José, al N. O. La casa era pobre y nos acomodamos unos en catres de cuero y otros en el suelo tendiendo nuestros colchones sobre unos cueros.

La cena fue abundante, y sazonada al estilo del país. En todo entraba el zapallo. Lo primero que nos presentaron fue un zapallo gubango (cucubirta Linnei) asado para que nos sirviese en lugar de pan; y aunque hicimos sacar el que habíamos comprado en la villa y dimos de él al dueño de casa; yo tuve más gusto en preferir nuestro zapallo que era tan exquisito, que igualaba a las mejores batatas (convolvulus batatas Linnei). El guiso de pollos estaba también espesado con zapallo: el hervido tenía grandes tajadas de lo mismo: hubo mesa y manteles, pero no había cucharas, sino conchas (Mya aut Mytulus Linnei). Aunque todo esto indicaba que ya nos íbamos alejando de los pueblos; y de sus comodidades, yo encontré un artefacto en este pobre rancho, que aún no había visto en nuestras ciudades. Esto fue un telar para hacer pellones azules, que viene [a] ser un tejido parecido a un tripe de lana ordinario. Los hilos del urdimbre y trama eran de lana blanca; pero en cada vez que pasaban la lanzadera, tenían la paciencia de ir colocando

la felpa azul mecánicamente en cada dos hilos de la urdimbre; y así las mujeres más diestras tardan lo que menos 15 días para hacer un pellón de éstos, que tendrá 6 cuartas de largo y la mitad de ancho no pudiendo venderse en menos de una onza de oro. Este telar era vertical en forma de bastidor; una de sus cabezas estaba asegurada en el suelo; y la otra en un tirante o viga del rancho; era cosa muy sencilla, pues en lugar de peine, estaban de otros hilos asegurados a tres o cuatro manijas, como se verá en un dibujo por separado.

Día 4. A las seis de la mañana ya estábamos en pie para activar los peones; y dar algún pienso a los animales; y como debíamos caminar por despoblado se mandaron asar algunos pollos para el camino. En fin a las diez nos despedimos y emprendimos nuestra marcha con dirección a la cuchilla, para evitar arroyos y huir de las asperezas de Mahoma que nos quedaban a la derecha, llevándolas a una vista. Antes de tomar la cuchilla a las dos leguas de nuestra salida, vadeamos sin dificultad el paso del Chaná que es algo pantanoso. Tomamos después la cuchilla teniendo siempre a la vista por la derecha el río de San José, y por la izquierda las asperezas de Mahoma. Sobre esta

cuchilla se encuentran muy pocos pastos, y así a los costados varias rocas de granito rojo y de asperón; pocas pizarras y algunas me parecían de la misma naturaleza que las de los cerritos de Montevideo. Los únicos mamales que encontramos fueron unos cinco venados cervus... Linnei. Éstos y los zorrillos (Viverra vittata Linnei) es todo lo que en esta clase he observado desde que salimos de Montevideo; pues aunque encontramos algo más adelante unos 20 cerdos en este despoblado, no son indígenas del país, sino piaras alzadas, que se alimentan de muchas raíces silvestres de que hay abundancia en estos campos, principalmente el vis-vis que [es] una especie de *Ferraria* y de los macachines (Oxálides).

5 1/4. A las cinco y cuarto llegamos a la estancia de Casco, que dista de San José unas 14 leguas; y así incluyendo los rodeos de la cuchilla, creo habremos andado en este día diez leguas. Cuando llegamos ya estaban los asados prontos para nuestra gente en grandes fogones; y aunque era ésta la casa principal, estaba abandonada, y no servía sino de guarida a innumerables piaras de cerdos que se recogen dentro de noche. Todas las piezas tenían la mayor parte de los techos sin paja; y no encon-

trando abrigo alguno, los mismos peones nos aconsejaron que fuésemos a hacer noche en unos ranchos más abajo a distancia de una milla en donde encontraríamos mejor posada por hallarse en ellos la familia. Pero así que [nos] acercamos desde luego conocimos la mala noche [que] nos esperaba, pues no había sino una pequeña pieza con una malísima ramada, toda llena de sacos de trigo y de noques de sebo. En esta ramada fue preciso alojarnos al abrigo de unos cueros que se pusieron a los costados. Pero era tan grande el frío y helada de la noche que [fue] necesario traer fuego para medio templar nuestra pobre choza. Tratamos de cenar prontamente y meternos en nuestras camas tendidas en el suelo sobre cueros a fin de abrigarnos con nuestras cobijas. Nuestro mayor cuidado en medio de tantas incomodidades era atar bien los cueros que servían de parapeto ya no tanto por el frío, cuanto por temor de los perros rabiosos de que por nuestra desgracia hay muchos en esta campaña, y acaban de matar uno en este mismo día que vino a los ranchos. Esta plaga la experimentamos desde la guerra última de los ingleses. Nuestra cena se compuso de un plato de perdices con maíz en forma de locro, de guisado de vaca, hervido, y de una pica asada, con cuero, que viene a ser la

parte posterior del anca con las primeras vértebras de la cola, asado muy favorito del país; ésta nos fue presentada sobre un cuero. El lector habrá observado, que para todo usamos de estas útiles pieles, que formaban por otra parte el renglón más rico de nuestro comercio. Los botes de los ríos y las balsas, los aperos de montar, las sillas, los catres, las botas de los peones; muchos techos y puertas de las casas de campo, en todo esto entran los cueros. El sebo es la medicina más común bien aplicado exteriormente en forma de madurativo, o bien interiormente en agua caliente para los resfriados, tos y otras enfermedades del pecho. Los mismos huesos sirven para el fuego, de las cabezas forman una silla, y de las vértebras candeleros, como lo hemos [visto] nosotros mismos en cierta posada. De la misma bosta o estiércol usan para el fuego y para reboque o enlucido de los ranchos. En fin nada encuentro más útil que el buey en estos países, prescindiendo [de] la labranza, acarreos, etc.; y así tenía el mayor sentimiento [al] observar estos campos desnudos de unos animales tan útiles. Estas reflexiones me ocuparon después de la cena, en la que no faltaron manteles, cucharas, ni platos; también tuvimos pan y aumentamos la ración del vino para hacer más tolerable [la]

noche. Ésta la pasamos bien incómodos, pues el frío, y el cuidado de los perros rabiosos me despertaban a cada momento; y cuando esperaba que al acercarse la mañana dormiríamos, tuvimos la desgracia de tener la ramada llena de gallos que a competencia nos cantaban al oído. En fin llegó [el] día, que ya deseaba con ansia, y me levanté inmediatamente para meterme en el coche y continuar mi diario. Mientras tanto se mandaron asar unos pollos, que aunque grandes, nos pidieron un real solamente por cada uno; los que con el queso, pan y vino sirvieron de nuestro desayuno. También compramos unas 16 perdices que nos costaron 4 reales todas juntas, pues en estas alturas son tan abundantes y mansas, que sin pólvora ni munición se cazan muy fácilmente con sólo una vara desde a caballo.

5 de junio, 10. A las diez de este día salimos de nuestra posada, que mis compañeros le pusieron la *Venta de mal abrigo*. Pero no obstante todo esto nosotros quedamos agradecidos, y nos hacíamos cargo de la ruina que han experimentado estos buenos vecinos, que tuvieron que abandonar sus casas, y recién las estaban reparando y yo observé que tenían cortada la paja para los techos, y la bosta para

abrigar los costados o paredes; y así nos despedimos compadecidos de sus trabajos.

12 1/2. A las 12 1/2 llegamos al arroyo de Monzón distante 3 leguas de nuestra salida. El paso es bueno y este arroyo está bien provisto de árboles de la misma especie que la de los anteriores. Así que pasamos nos dijo Su Señoría D. Antolín Reyna que ya estábamos en sus estados; y efectivamente cada estancia de éstas tiene tantas tierras que muchas provincias y aun repúblicas de Europa no tienen tanta extensión. Era ésta la primera vez que venía a su posesión y encontró sobre este majestuoso río varios colonos de que no tenía noticia: los hizo venir, y no les impuso otra pensión, que alimentándose como lo hacían de sus ganados, le conservasen los cueros y sebo y de ayudar a las faenas de la estancia, como son marcar, recoger o parar rodeo, etc. Los que siembran no tienen otra pensión en este país que pagar la semilla o tantas fanegas, cuantas echan en la tierra. En estas órdenes y en mudar las mulas y caballos nos demoramos media [hora]; y así seguimos nuestro viaje a la una de la tarde, atravesando a la estancia. Aquí fue la primera vez que vi algunas vacas, divididas en pequeñas porciones; pero la yeguada ascendía a millares.

Este fue para mí un espectáculo enteramente nuevo. Lejos [de] huir de nosotros estos caballos salvajes, que aquí conocemos con el nombre de *baguales*, venían desde largas distancias a reconocernos y desfilaron por delante de nuestro coche. Los peones y aun nuestra escolta todos eran hombres de campo no pudieron contenerse, y sacando sus bolas y lazos corrían tras de los baguales como unos galgos. Esta caza es para ellos tan divertida como correr tras de un corzo o de un jabalí en Europa. Un hombre solo sin más instrumento que las bolas da en tierra con toda la fogosidad de estos animales: a toda carrera despide las bolas a los pies traseros, y se envuelven de tal modo que tienen que pararse en medio de la carrera: baja después de su caballo, lo manea de los pies delanteros y tendiéndolo en tierra lo ensilla, abandona su caballo ya rendido y monta en su potro, y sale éste como una furia corriendo y dando tantos corcovos cual se puede imaginar, cualquiera que sepa lo que es la fogosidad de animal tan valiente. Las fieras mismas más temibles, como el jabalí, los leones (felix cóncolor), el tigre (felis onça) se rinden al lazo y las bolas de nuestros paisanos, y así son tan comunes sus pieles en nuestro mercado.

4 1/2. De este modo todos íbamos tan divertidos, que cuando creíamos estar muy distantes de la casa de nuestro Regidor, nos encontramos en ella a las 4 1/2 de la tarde; habiendo caminado este día unas 9 leguas. Contribuyó mucho para nuestra pronta llegada, el auxilio de caballos que nos proporcionó un joven muy activo, oficial de la patria, que desde San José se nos ofreció luego [que] supo la importancia de nuestra comisión, y se llama D... Duarte.

La casa de nuestro Regidor es de las mejores que hay en esta campaña, toda ella es de cal y canto y mucha parte de ladrillo, con azotea, buenas vigas y alfajías de lapacho, enlucida y blanqueada por dentro y fuera con 16 piezas capaces distribuidas en dos patios, teniendo a la entrada un oratorio. Pero luego [que] llegamos supimos que había sido saqueada; no obstante no faltaron catres ni mesa. Aquí pasamos una noche del todo contraria a la anterior. El dueño de casa dio orden que se matase una vaca, una ternera, un cordero, seis gallinas que con las 16 perdices celebramos las bodas de Camacho: los platos que nos presentaron eran tan grandes que parecían bateas, y hasta los peones comieron aves, y con el auxilio de algunas robinsonadas que celebramos mucho

con muy buenos tragos de vino, sus marchas patrióticas y graciosos entremeses que con mucha sal nos relataba el R. P. Lector Fr. José Lamas, sujeto adornado de muy buen humor, y de una memoria de las más felices que he conocido.

Día 6 de junio. Después de una noche en que reparamos la falta de sueño de las anteriores, nos levantamos a la hora acostumbrada, y noté el campo blanqueando con la helada que había caído durante la noche, y que el buen abrigo y fuego no nos había permitido advertir hasta que salimos. Yo después del oficio divino pasé a observar con más cuidado la posesión, que está situada sobre una pequeña colina de piedra de cal, o más bien de un mármol de color de carne, muy compacto, con fractura concoide, bordes muy cortantes y algo transparentes. Creo admita un buen pulido y que más abajo haya piezas mayores, pues las de arriba están todas horadadas y cuarteadas en bancos pequeños como se dejan ver sobre la barranca del arroyuelo que está cerca de la casa. Hay un horno de cal que puede contener unas 1000 fanegas; y por esto esta posesión tiene el nombre de la *Calera* de Peralta, su anterior dueño: tiene todo lo necesario para ello, un gran galpón

para la cal al pie del horno, el agua a unas 50 varas y a tiro de fusil el arroyo del Perdido abundante de leña; pero noté que [las que] quemaban eran demasiado grandes y desiguales y por esto en cada hornada consumen 200 carradas de leña, y darían pronto fin de los árboles, si no partían la piedra en partes menores y no dejaban en el corte de leña la horqueta y pendón como está prevenido por las leyes de Indias. Tiene esta casa su fragua y herrería para los picos, y barretas y otros instrumentos de canteros; hay también piezas para salar carne y para jabón. De modo que sosegadas nuestras turbulencias; tendrá en ellas nuestro Regidor un Marquesado. La cal y demás productos de la estancia se conducen en carretas al puerto de San Salvador que dista 14 leguas y de allí se conducen a Buenos Aires por el río que dista unas 10 leguas. El almuerzo fue correspondiente a la cena.

10. A las 10 salimos, e inmediatamente encontramos el arroyo del Perdido con arboleda abundante de molles, sauces y talas: el paso era bueno, pero volvimos luego a pasar otra vez el Perdido, que no pude comprender si sería un seno o un gajo, y que tenía un paso hondo y de mala salida.

11. A las 11 llegamos a la estancia de Juana Flores que distaría una legua en donde mudamos caballos; la casa es de paja, pero bien acondicionada y capaz. Tomamos un poco de leche que no habíamos conseguido en todo el viaje, fuera de la que tomamos con té en San José. Aquí observé un palomar, cuyos nidos eran de cueros sostenidos de unas huascas o correas pendientes de las aletas del rancho: entre las palomas había una torcaza del país, sumamente mansa y hacía muy buena liga con las caseras.

11 1/2. A las 11 1/2 salimos con dirección a la estancia de Blanco que en el día sirve de posta: la casa es también de paja y no falta alojamiento: hay palomas y un montecito de duraznos. Esta estancia dista 5 leguas de la anterior, el camino que trajimos esta lleno de yeguas y algún ganado: se pasan algunos arroyuelos que en tiempo de lluvias deben ser de difícil paso; encontré mucha piedra de cal en todo este camino; pero no hay más leña que unos cardales inmensos que en parte forman horizonte. Llegamos a las dos de la tarde; y habiendo mudado caballos salimos cerca de las tres de la tarde para la estancia de Mendoza que está sobre Coquimbo de este lado. El camino es

llano, y encontramos una calidad de piedras que parecían toscas rojas, y ferruginosas: encontramos alguna burrada, cerdos y poco ganado. Llegamos a las 4 1/2 y según nos informaron hay tres leguas desde la Posta; y así en este día hemos hecho una jornada de 9 leguas.

La habitación era reducida, pero en parte ninguna hemos sido recibidos con más agrado; la cena fue abundante, y no faltaron buenos asados de vaca, pollos, buen pan, mesa, manteles, y cucharas de metal amarillo, había un solo catre de cuero, pero tan grande, que temiendo ocupase toda la pieza, preferimos tender nuestros colchones en el suelo sobre cueros. Toda la casa estaba rodeada de estacada, con el objeto, según nos dijeron, de preservarse de los muchos perros cimarrones rabiosos que abundan en estos campos. A más del que vimos en la Posta de Mal Abrigo, vimos otro muerto en la Posta de Blanco. Con este motivo procuré recomendar a estos vecinos, que inmediatamente que se sintiesen mordidos, tratasen de dilacerar la herida, cuidando de no dejarla cerrar, auxiliándose con algún cáustico, aunque fuese con un hierro caldeado; pues ésta es la única e infalible medicina para la hidrofobia o rabia. También les hablé de

algunas yerbas que recomienda últimamente el señor Cavanilles en sus Anales como son el Echiin vulgare o borraja cimarrona que cubre nuestros caminos y la Anagálide roja, que nos es menos abundante. Hay también el cardo corredor, o cardancha, que aunque no sea el mismo que el de Europa, creo tenga las mismas virtudes. De todas estas plantas secas y pulverizadas se toman como dos narigadas por dos veces en diez o 12 días y sin más régimen, asegura dicho autor haberse hecho curas prodigiosas. Yo he hecho la experiencia y surtió buen efecto en un pobre paisano, bien que no puedo asegurar se debiese a esto sólo su cura, pues ya se había aplicado otros innumerables remedios.

Día 7 de junio. Nos levantamos a la hora acostumbrada: el campo estaba cubierto de una helada aun mayor que la de la noche anterior. Así que salió el sol recibimos un chasque de D. Manuel Villagrán, que tuvo la bondad de conducir un pliego que escribimos al Sr. General en Jefe desde la Venta de Mal Abrigo; avisándonos, que dicho Señor General no estaba en Mercedes y que aún se halla en Paysandú, a donde había remitido nuestro oficio el mismo día seis en que llegó a la villa.

10. A las diez después de un buen almuerzo salimos para Mercedes que ya nos distaba seis leguas solamente. El amo de la casa nos vino acompañando y nos facilitó caballos; nos enseñó el paso de Coquimbo que estaba contiguo, y que es algo pantanoso. Este arroyo abunda en árboles, y más abajo hay buena postería de ñandubay que es la mejor que se conoce, y que no se pudre tan fácilmente bajo de tierra como las otras. Por su hoja me ha parecido ser una especie de *Mimosa.* Del otro lado de este arroyo vi como una docena de palmas de las que hacen escobas, y de que se hacía algún negocio en otro tiempo. Como ya era pasada la estación no pude determinar su familia. La más alta no excedía la estatura humana.

10 3/4. A las diez y tres cuartos llegamos a la estancia de Benítez, que dista de nuestra salida menos de una legua. La casa es de paja y parece tener más comodidad: hay un monte de duraznos y algunas higueras. Mudamos caballos, y volvimos los suyos a Mendoza con las mayores demostraciones de agradecimiento al particular agasajo que recibimos de este honrado vecino y de toda su familia.

11 1/4. A las 11 1/4 salimos de aquí, y como

los caballos que mudamos para cincheros eran los mejores que habíamos encontrado en todo el viaje, y el camino era llano, volaba el coche e íbamos a todo galope; por lo mismo aunque observaba varias piedras, no puedo asegurar si eran calizas, como lo creo, pues he notado que desde lejos blanquean sus canteras calcinadas con el sol, y no se elevan como las de granito rojo que ya iban escaseando, sino que están casi al ras de la tierra, y por lo común se hallan en tierras bajas y a la costa de pequeños arroyos o cañadas. En un paso de uno de éstos vi por la primera [vez] grandes pedernales para piedras de fusil. En lugares altos en vez del granito ocupaban su lugar los asperones rojos de color de ladrillo, y tan armoniosamente dispuestos, que aun [de] lejos nos parecían edificios. Por las muchas chácaras y algunas casas de azotea que se veían a una regular distancia del camino y mucho más [por] la arena que se encontraba en él, colegimos estar cerca del *Río Negro*, y en efecto a las dos ya vimos su grande arboleda hacia la derecha. En fin a las dos y media llegamos a Mercedes, que no se ve, sino estando muy cerca por estar este pueblo fundado sobre la misma costa del Río Negro. Su situación es de las más bellas; tiene buenos edificios de ladrillo y azoteas, pero esparcidos, por haber destruido

todas las casas de paja y de palo a pique que componían mucha parte de la población. Nada ha quedado de los cercos con [que] se formaban las calles a cordel, todos han ido al fuego, no obstante que el monte y [la] leña están tan próximos. Aún quedan algunas huertas con naranjos y granados, en tierra muy fértil vegetal, y que con un poco de arena que tiene mezclada la hace suelta y propia para hortalizas, que se conoce había en otro tiempo. La iglesia está bien construida de la piedra asperón de color de ladrillo: es capaz y puede tener 20 varas de largo y siete de ancho: es elevada con el techo de caballete y de tejuela encalada. Tiene una torrecita agraciada: el cementerio está decente y cercado de ladrillo. No tiene atrio ni pórtico ni orden alguno de arquitectura por dentro, ni por fuera, pues el altar principal es de madera dorada y pintada sin columnas ni pilastras, y parece compuesto de piezas de varios retablos, a quien han quitado el remate para colocar un escudo de las Mercedes tan mal dibujado, como los mamarrachos que están pintados sobre la entrada de la sacristía, y que sería mejor pasarles un poco de agua de cal por encima. La Virgen de Mercedes que está colocada como titular es de muy buena escultura y no cede a la Dolorosa de Canelones. Hay otro altar

de Jesús Crucificado, siendo su efigie de tan mala talla, como las de las otras capillas. En esta iglesia hay pila bautismal con todo lo necesario para la administración de sacramentos, por ser ayudantía de Parroquia de Santo Domingo Soriano, que dista siete leguas aguas abajo de este río. No hay cabildo sino un alcalde comisionado y un comandante militar con sesenta hombres de guarnición, todos vestidos de paisanos, pero bien armados y jóvenes muy escogidos.

Nos alojamos en una casa con techo de paja que estaba abandonada en la plaza mirando al río, que me dijeron que su dueño se hallaba en Buenos Aires, había en ella mesas, sillas una cuja o cama matrimonial y otros varios muebles; la sala solamente era habitable porque al dormitorio le faltaba parte del techo. Ansioso de ver el bosque y este caudaloso río, bajamos inmediatamente al puerto: tiene buena playa, y una caída suave. Las barrancas aquí son bajas, y sus rocas son de pedernal para fusil de muy buena calidad. El río tendrá aquí unas 600 varas de ancho; y hay una isla contigua a la derecha baja, llena de arboleda y que podrá tener de largo más de mil varas y doscientas de ancho. Entre la costa y esta isla hay bastante agua, pues me aseguran haber pasado berganti-

nes por este canal.

Encontré varios árboles que no conocía: entre ellos varias Mimosas, una de ellas la llamaban Ñapindá, porque se agarraba a la ropa y su espina no era alesnada sino en forma de uña y corta, arrojando muchas varazones o mimbres; y aun vi una que subía muy alto envuelta en un tronco de otro árbol; aunque esto es raro: observé muchos árboles de Chañal, que había visto en Buenos Aires traídos de Córdoba en donde creí que solamente se encontraban: los árboles están muy arruinados, pero algunos años dan mucho fruto, que comen y son muy exquisitos. Recogí algunas otras plantas y nos retiramos.

Lo que llegamos a nuestro alojamiento, nos dijeron que no se había podido encontrar carne de vaca, ni gallinas, ni huevos, y que solamente teníamos chorizos para cenar, con un poco de pan y queso. Precisamente desde por la mañana no habíamos probado nada, y en el pueblo en que creímos proveernos de todo, y en donde más ganas hay de comer por la buena calidad de sus aguas que habían excitado más que nunca este apetito, tuvimos que atenernos a este alimento tan indigesto a lo menos para mi estómago, probando de él con mucha parsimonia. Pasamos la noche tendiendo nuestros col-

chones sobre unos cueros en el suelo; y expuestos por lo mismo al ataque de las pulgas que no faltaban en una casa abandonada.

Día 8 de junio. Luego que la fuerza del sol hubo disipado una gran cerrazón o neblina que duró mucha parte de la mañana, bajé al bosque de nuevo. Encontré varias especies de enredaderas, entre ellas la verdadera Zarzaparrilla Smilax y otra con hoja de grama y semilla tricoca; varias plantas que hasta ahora no había encontrado sino en las inmediaciones de Buenos Aires, cual era una nueva especie de salvia que allí había dibujado, y que se parece mucho más a la salvia oficinal, que la otra especie más común que usan en nuestras boticas muy mal por hiedra terrestre, y en Maldonado por yerba de ahogos por el buen efecto que han experimentado con ella en esta fatal enfermedad. Es también común el Ocymum montevideanum, una nueva especie de albahaca, familia muy rara en América: su olor no es tan grato como la de los jardines, pero podrá suavizarse con el cultivo. No pude encontrar en el río ni una sola concha ni caracol.

Comimos mejor al mediodía porque mandamos a buscar algunas aves a las chácaras inmediatas. A la tarde fuimos a pescar porque

un amigo me había ponderado lo que se había divertido en la pesca por la mucha abundancia de dorados una nueva especie de Salmo Linnei; pero en toda la tarde no pudimos pescar sino un dentudo otra nueva especie del mismo género, y que apenas tenía 9 pulgadas de largo; fue pescado con anzuelo y carne que es el modo más común de pescar en el país. Parece, según me lo han asegurado los prácticos que la abundancia de los dorados solamente es en verano y tanta que aún no ha caído el anzuelo cuando ya lo ha tragado uno de estos voraces pero hermosísimos peces.

Viaje de Mercedes a Paysandú

Día 9 de junio. Hoy viendo que se demoraba la venida del General y que quizás nos esperaría por momentos, acordamos salir para Paysandú. Ya estaba todo pronto, cuando nos dijo el Comandante que los prácticos del paso y que corrían con las canoas eran de parecer que no podíamos pasar sin riesgo el río por el mucho viento que soplaba, y que era preciso lo difirié-

semos para el día siguiente. Yo me aproveché de este corto tiempo más para inspeccionar [por] tercera vez aquellas inmediaciones, tomando por diferente rumbo a pie por un camino que está al E. del pueblo, llegando hasta un arroyuelo que estará cerca de una milla distante. Observé unas aves de rapa para mí nuevas Talao Linneo y otra un poco mayor que un hornero y casi del mismo color que no pude por la distancia determinar su familia; pero me pareció una especie de Corvus Linneo; también dos especies de tunas de penca, una de ellas muy pequeña y muy erizada de espinas larguísimas, y una nueva especie de heliotropium. Continuando después por las barrancas abajo noté mucha tiza o creta, descomposición del sílex; muy diferente de la tierra blanca que hay en las inmediaciones de Montevideo, que viene a ser una verdadera marga, descomposición de la piedra granito; y muy propia para abonar las tierras.

Supe después volviendo al pueblo, que una legua más abajo había sobre el río una gran posesión con horno de cal; pero por las piedras que yo encontré en el camino infiero que sea ordinaria y admita muy poca mezcla. Pero como tiene las ventajas de la leña y la conducción por el río aun cuando la den la mitad más barata

que la de las Minas, pueden siempre ganar mucho.

A la tarde fuimos a visitar algunos de los diputados que habían llegado para el Congreso que debía celebrarse en esta villa, y uno de ellos D. Pedro Bauzá, me preguntó si me habían enseñado al árbol de la sal, así nombrado por la mucha que se extrae de sus cenizas; como yo no tuviese ningún conocimiento de él, le supliqué tuviese la bondad de enseñármelo; y así bajamos al bosque [que] no distaría doscientas varas de donde estábamos; y conseguí no sólo verlo, sino también encontrar una que otra flor y fruto por lo cual me ha parecido deba colocarse en el género Rawn Wolfia, arbusto espinoso de hoja enterísima y redonda. Es un buen descubrimiento en esas alturas, donde escasea tanto la sal; y que hace poco que se ha hecho por una casualidad. Esta tarde llegaron 33 confinados a caballo con sus líos de ropa, sin prisiones, y sin más escolta que el comisionado del partido.

Acababa también de llegar de Buenos Aires por la Colonia un comerciante inglés, y como nosotros desde nuestra salida de la plaza de Montevideo no habíamos tenido comunicación alguna, ni papeles públicos, fui a suplicarle me facilitase algunas gacetas inglesas o que nos

diese algunas noticias del estado de Europa. No tenía ningunos papeles, y sólo nos aseguró que dentro de cinco días estaría sobre Montevideo la expedición española contra este país. Nosotros aunque habíamos oído algunos rumores acerca de esto estábamos muy distantes de creerle lo que nos dijo, y por el término de tan pocos días y el empeño que manifestó en persuadirnos [de] esto, comprendimos, que lo que deseaba era que nuestra pobre gente malbaratase y vendiese por medio real los cueros y sebos, que era el objeto principal de su venida; y por lo mismo nos empeñamos en manifestarles todo lo contrario, como así se ha verificado. Es necesario pues que sepan nuestros paisanos que ya no es tan común en el comercio aquella buena fe y probidad y que aún en el día caracteriza a nuestros honrados hacendados.

Día 10 de junio. Desde bien temprano vinieron las mulas y caballos que eran necesarios para nuestro viaje a Paysandú, pero se ofrecieron tantas dificultades, que fue preciso dejar el coche, resolviéndonos a ir a caballo llevando nuestros equipajes con la carretilla. Bajamos al puerto en donde ya nos esperaban tres canoas: nos embarcamos en la mayor con todos los equipajes: era toda de una pieza y

tendría unas doce varas de largo, capaz de cargar doscientos cueros de vaca: no tenía sino dos pequeños y malos remos con otro en la popa, y dos grandes cañas que servían de botavaras. Principiamos nuestra travesía a las 12 y tardamos más de un cuarto de hora para llegar a la costa opuesta y septentrional. A poco de habernos separado de la orilla encontramos cerca de dos brazas, que fueron continuando casi lo mismo hasta llegar al canal, que está sobre la otra costa. Aquí no encontramos fondo con la botavara, que tenía muy cerca de tres brazas, y aun me aseguraron que ni con otro tanto lo encontraríamos. La corriente no era mucha, y conjeturo que el canal de esta gran profundidad no tendría de ancho más de cien varas. Volvió después a pasar la carretilla, que se colocó sobre los bordes de la canoa, quedando las ruedas por fuera. En fin pasaron seis caballos y dos mulas, que costó no poco el hacerles tomar la dirección de la costa opuesta, auxiliándolos la canoa, que traía otros cuatro a los lados sujetos con los frenos y bridas. Uno de nuestros peones no obstante el mucho frío que hacía se arrojó a nado dirigiendo él mismo su caballo, pero pasó con felicidad no obstante que temíamos mucho, porque se había excedido en la bebida. A las 2 1/2 de la tarde ya estaba

concluido todo sin el menor tropiezo.

En este estado y prontos ya para marchar observamos que llegaba al pueblo en tres columnas la división, que forma la derecha de la vanguardia del ejército oriental, al mando del señor Dn. Fructuoso Rivera, y que éste dirigiéndose al puerto en una canoa pequeña y puesto de pie dentro de ella en compañía de un oficial venía hacia nosotros. Yo deseaba mucho conocer a este joven por su valor y buen comportamiento. Él fue quien en... [Guayabo] derrotó a las fuerzas de Buenos Aires mandadas por Dorrego. Me pareció de unos 25 años; de buen personal carirredondo, de ojos grandes y modestos, muy atento y que se expresaba con finura. Su traje era sencillo de bota a la inglesa, pantalón y chaquetilla de paño fino azul, sombrero redondo, sin más distintivo que el sable y faja de malla de seda de color carmesí. Este mismo traje vestía su ayudante. En todo guardan una perfecta igualdad estos oficiales, y sólo se distinguen por la grandeza de sus acciones, y por las que solamente se hacen respetar de sus subalternos. Detestan todo lujo, y todo cuanto pueda afeminarlos.

Esta entrevista nos detuvo más de una hora y así salimos de este punto a caballo a las 3 3/4, y por consiguiente no teníamos de sol

arriba de otra hora; y como los caballos eran pocos y fatigados por lo mucho que trabajaron para pasar a nado, resolvimos en atención a todo esto ir a hacer noche en la primera Posta que dista tres leguas. El camino que tomamos va costeando el Río Negro que dejábamos a la derecha, es llano y carril, asomando a trechos la roca calcárea y el asperón rojo. Cada uno de nosotros tenía sobre la cabeza una columna de mosquitos (cúlex) que nos seguía a pesar de que en invierno hay mil veces menos. A la izquierda solíamos dejar varias isletas o bosquecillos de algarrobos (Mimosa), de cuyas ramas pendían enormes nidos de cotorras (Psittacus murinus Linneo) formados de las mismas ramitas erizadas de espinas: observé otro arbustito que por su traza parecía de la misma familia con la hoja compuesta larguísima y de tres espinas en cada axila o encuentro: la intermedia corva y mayor. Vi por la primera vez en todo el viaje una perdiz grande (Tetrao tinamon) que es sin duda la mayor que se conoce en esta familia y que reputo ser especie diferente de la mexicana, a quien la reduce Sonini. Eran antes tan comunes que no había chácaras ni pajonales en que no se criasen en las inmediaciones de Montevideo; pero en el día son raras las que se traen a la plaza. Eran frecuentes también las palmas

de escoba, pero no pude ver ninguna de las que producen dátiles, y que también hay aunque más emboscadas. Yo he formado un género nuevo de ella, en otra ocasión, y que se encontrará en mi Flora, o en mi Diario de Historia Natural.

A las 5/20 habíamos llegado a las taperas de Haedo, que según el lenguaje del país se entiende un lugar en donde se conservan algunos indicios de antigua población. Aquí recibimos la contestación del General ordenándonos que acelerásemos nuestra marcha y que nos esperaba en Paysandú a donde caminábamos. Era ya casi de noche y apenas podíamos leer su contenido, pues nos hallábamos en los días más cortos del año. Aún nos faltaba cerca de legua para llegar a la Posta, y por lo andado me parecía que ésta distaba del Paso de Mercedes unas 4 leguas. No habíamos hasta ahora separádonos del camino carril y limpio en el que solamente habíamos pasado dos cañadas de poca agua. Pero de aquí [en] adelante fue preciso dejar el camino por abreviar y meternos en unos pajonales. Era la noche oscura, y estos lugares abundan de tigres, y por consiguiente no era poco el sobresalto que llevábamos estando tan inmediatos al bosque, fuera del camino y entre espesuras y matorrales. Pero éramos

muchos, y algunos bien armados y la travesía corta; y así llegamos a la Posta sin novedad alguna, a las 6.

No encontramos aquí a dos peones que habíamos enviado por delante para que carneasen en caso de no haber lo necesario; y así estaban desprevenidos y tuvimos que atenernos a un pedazo de asado. La casa se reducía a un rancho de una sola pieza que servía de cocina y de todo, con una gran hoguera en el medio, a la que nos rodeamos inmediatamente porque la noche estaba muy fría. A más de ser chica la casa estaba ya en parte ocupada por una familia que había venido a guarecerse en ella por esta noche. En fin yo me acomodé sobre una pila de cueros al pie de la hoguera, porque creí de este modo tener menos humo y más abrigo. Mis compañeros durmieron en alto, y hacia donde iba el humo, y pasaron una noche muy incómoda. Este humo es sumamente craso y pegajoso pues se tiene la costumbre de atizar el fuego arrojando en él una o dos libras de sebo, casi de cuarto en cuarto de hora, escusándose de este modo de candil.

Observé aquí que uno de la casa se ocupaba en hacer esteras de palma de escoba, porque la de dátiles aunque más fina es de cortísima duración: hacía también sombreros de muy

buena forma del mismo material, o matizados con cerda negra de caballo, y los vendía éstos a 4 reales, y los primeros la mitad menos. El dueño de la casa entendía de curtiembre de cueros y me aseguró que la experiencia le había enseñado que una de las cortezas mejores era la de laurel (una especie nueva dioca de este género): que las pieles no tomaban buena tinte negra porque primero las engrasaban mucho, debiendo, teñirlas antes. Esta tinta la acostumbran hacer con la yerba del mate y clavos o hierros viejos. Me dijo también que el motivo por que muchas de nuestras suelas se solapaban era porque permitían que secasen los cueros a los rayos ardientes del sol, y que los que para esto se destinan, se estiran estaqueándolos y que antes de secarse se enrollan y se dejan así hasta que se advierte que sueltan el pelo; y entonces pasan a sujetarlos a todas las demás manipulaciones de las tenerías. Este buen hombre se llamaba el Maestro Félix, que parecía ser un paraguay muy honrado, y que nos obsequió con cuanto le permitía su pobre situación. Yo siempre gustaba mucho de conversar con nuestras gentes, porque sé que más descubrimientos se deben a la casualidad, mejor diré a la práctica que a los vanos y estériles sistemas de la Filosofía; así siempre suscitaba conver-

saciones útiles y los oía con respeto.

Día 11 de junio de 1815. Luego que amaneció nos levantamos de la cama, y nos aprontamos a marchar no obstante que la mañana era crudísima, y de una niebla tan gruesa, que más parecía garúa, porque la Posta nada presentaba de aliciente y urgía nuestra comisión. Mientras los caballos se ensillaban, me puse a observar los alrededores de la casa que estaba rodeada de una larga estacada de palo a pique por los perros rabiosos, que también abundan de este lado. Bajo de una rama advertí que se acercaban varios pájaros a comer el sebo de vaca, y entre ellos vi por la primera vez un carpintero negro y blanco, especie nueva y a quien he puesto el nombre de bicolor Picus. El señor Azara dice no haberlo visto sino en el Paraguay y jamás en esta Banda. Lo he visto también en Soriano y le llaman Dominicano: andaba solo y no en familias: bajaba también a tierra a comer algún sebo que había quedado de las reses muertas el día antes: todo contrario a las observaciones [de] dicho autor. Pero el pájaro que más frecuenta y alegra estas pobres chozas y que viene al olor del sebo es lo que aquí se conoce por calandria y que yo he colocado entre los tordos y mirlos haciendo una especie

nueva. Advertí también que la ramada estaba cubierta de hojas de palma, que tendrían lo menos unas cuatro varas, no habiéndolas visto mayores; de modo que con tres o [cuatro] hojas de éstas, estaba bastantemente cubierta para que el sol no ofendiese ni a la carne ni al sebo que se cuelga debajo de ella.

Salimos a las 8 1/4 dirigiéndonos a la estancia de Haedo para tomar algunos caballos, pues los que aquí había eran pocos y malos. Tardamos una hora en llegar atravesando varios pajonales. No había sol porque la neblina lo ocultaba, y así no podía saber qué rumbo seguíamos. Cuál fue por lo mismo mi sorpresa, cuando llegamos a la estancia que la veía sobre un río y que yo creía el mismo Río Negro, me encuentro que es el Uruguay: muy anchuroso y todo poblado de grandes y hermosas islas. Jamás he visto lugar que más me hechizase: creo que en pocas partes haya derramado la naturaleza a manos llenas ni más bellezas, ni más encantos; ¡ y qué mortificación para mí no fue tener que tomar otro caballo, y salir inmediatamente, sin permitirme bajar al río para observarlo de más cerca y para no verlo quizás jamás! Íbamos en diligencia y todo debía posponerse a nuestra comisión. Por lo visto forman aquí estos dos grandes ríos una gran

estrechura que a mi juicio apenas tendrá legua y media y que viene a ser la garganta del famoso *Rincón* que llaman de las *Gallinas* perteneciente a Haedo.

Los caballos que mudamos eran de los mejores bríos, y a las 11 estábamos en el otro puesto que llaman de Haedo, que llaman la Zanja Honda, unas 4 1/2 leguas distante. No encontramos en el camino arroyo alguno: se dejaba ver algún ganado vacuno, con inmensas yeguadas. Hay en estos campos en los bajos muchos venados, que se dejan acercar a tiro de fusil. Creo puedan colocarse en el Cervus mexicanus. Aquí mudamos caballos, comimos un asado, y tuvimos que esperar por un poco de agua, pues no la había y estaba distante. Habrá legua y media al Uruguay, y ya no descubríamos el Río Negro no obstante haberse disipado la neblina. El maestro de postas nos dijo que este río distaría 6 leguas; aunque a mí me parecía que no habría más de cinco.

Salimos a las 12 para ir [a] hacer noche a la posta siguiente de D. Manuel Escalada que se regulaba de 7 leguas. Tampoco hay arroyos, sino una que otra cañada; pero son campos malos para galopar, porque las lomas están cubiertas de arena, y todas minadas por los peludos Dasypus... Pillamos uno sin trabajo,

habiéndolo corrido un poco a caballo y fatigado se dejó tomar por la cola: lo degollaron y le abrieron el vientre y se le encontraron varias ranas que se había engullido casi enteras. No es muy buena comida, pero nuestra gente no les perdonan porque pierden el campo haciendo muchos agujeros y van expuestos a rodar. Hay mucho ganado. A las dos y media varios cañonazos, que continuaron hasta puesto el sol. A las 4 llegarnos a la posta. Yo venía tan fatigado que no deseaba sino tenderme, porque el caballo que me había tocado, tenía una marcha tan violenta, que no tenía músculo ni hueso en mi cuerpo que no me doliese y la noche anterior había sido bien incómoda. ¡Pero qué desconsuelo fue ver lo que tanto deseábamos! Una choza miserable de unos mal dispuestos cueros, respecto de quien la cocina anterior es un palacio era el alojamiento que nos esperaba. Perros, gallinas, negros, y de toda clase de gentes hasta 12 personas debíamos dormir juntos en una pieza de 5-6 varas de tierra con un fogón en el medio. Aquí nos tendimos del modo que pudimos, y pasamos una noche de las peores del viaje, después de haber cenado otro pedazo de asado y algunas conchas de caldo. A las dos de la mañana ya nos despertaron los gallos que estaban sobre nuestras cabe-

zas. A esta hora hicimos atizar el fuego, tolerando el gran humo mezclado con sebo, para medio soportar el frío de una grande helada que se introducía por todas partes. Se calentó agua, tomamos mate y esperábamos con impaciencia el día, para concluir de una vez nuestro viaje, pues ya no distaba Paysandú sino 9 leguas. Toda la noche se llevaron bramando los toros, que había en el corral para matar, y otros más sueltos que de noche tienen por costumbre venir a los ranchos, que no formaban una música muy agradable para dormir, aun sin el reclamo de los encerrados.

A las 8 1/2 junio 12 de 1815 de la mañana estaba todo pronto y salimos. A la milla encontramos al Bellaco y pasamos sus puntas, que no forman sino un arroyuelo pantanoso. Tiene mucha arboleda y particularmente palmas de escoba. El mapa que llevaba, y todos los que he visto ponen este arroyo sobre Paysandú, y en su lugar un arroyo que llaman de San Francisco y que está después de Paysandú. Desde aquí principian unos campos cubiertos de cardo asnal, y de toda clase de abrojos. En diciembre no habrá quién transite por ellos, pues casi no hay camino sino algunas sendas formadas por el mismo ganado, que abunda mucho. A las 4 leguas encontramos el arroyo Negro: el paso es

hondo, pero de cascajo: tiene también mucha arboleda para leña, y en ella innumerables palomas torcaces y tórtolas. Son tantas las que observé en estas inmediaciones nutriéndose de las semillas de los cardos, que creo no exagero si digo que llegaban a millones. A la legua y cinco de nuestra salida está otro arroyo considerable, que no se encuentra en el mapa y llaman el Rabón: tiene la misma arboleda, la misma agua y el fondo de la misma naturaleza. Aquí advertí por la primera vez sobre los árboles una tunilla rolliza, con estrías poco notables, y del grueso de una pluma de escribir, que viste los troncos de los árboles viejos de algarrobo de un tercio para arriba, arraigándose en ellos por todo el contorno, con espinitas muy tenues y al parecer sin lana. Una legua más adelante [se encuentra] un arroyuelo muy pantanoso, que por algunos sauces grandes que le han quedado se llama del Sauce. Todos entran un poco más abajo en el arroyo Negro. Hay también a la legua del Sauce otro arroyuelo nombrado el Cangüé que dista de Paysandú legua y media y a donde llegamos a las 2 1/2 de la tarde, atravesando hasta aquí inmensos cardales, sin encontrar ni un solo rancho.

Paysandú

Es pueblo de indios que está sobre la costa oriental del Uruguay, a 30 leguas de Mercedes según algunos y a 22 según otros, casi N. O. Se puede regular su población de 25 vecinos, la mayor parte de indios cristianos: sus casas, a excepción de 5-6, todas son de paja. La iglesia no se distingue de los demás ranchos, sino en ser mayor, como de unas 20 varas de largo y 6 de ancho. No hay retablo, sino un nicho en que está colocada una efigie de María Santísima de unos tres pies de alto, recién retocada, que me parecía obra de los indios de Misiones, y en cuyas facciones se dejaba traslucir bastante el carácter de esta nación. Ella a sus ojos parecía muy hermosa, pareciendo todo lo contrario a los nuestros. Pero ¿quién ha fijado hasta ahora los verdaderos caracteres de la hermosura? ¿Sobre qué cosa tienen los pueblos ni más caprichos, ni más extravagancias que sobre esto? Lo que hoy es muy hermoso, mañana es feo. La moda más ridícula en siendo adoptada, parece lo mejor, y del más bello gusto; pero

apenas deja de usarse, cuando esto mismo viene a chocarnos tanto a nuestros sentidos, que llega a ser el objeto de la burla y de la sátira. La verdadera filosofía pues debe ser muy circunspecta en su crítica, y nosotros no debemos separarnos de estos principios.

La iglesia es sumamente pobre y en el día está en la mayor indigencia, falta de un todo, y lo que es más, de su cura párroco, no habiendo sino un suplente, que apenas puede decir misa. Antiguamente tenía su corregidor como los otros pueblos de indios, pero ahora hay un comandante militar; y aunque [es] un pueblo tan infeliz tiene el honor de ser interinamente la capital de los orientales por hallarse en ella su Jefe y toda la plana mayor, con los diputados de los demás pueblos.

Junio 12 de 1815. Nuestro alojamiento fue en la habitación del General. Ésta se componía de dos piezas de azotea, una de cuatro varas y la otra de seis, con otro rancho contiguo que servía de cocina. Sus muebles se reducían a una petaca de cuero, y unos catres sin colchón, que servían de cama y sofás al mismo tiempo. En cada una de las piezas había una mesa ordinaria como las que se estilan en el campo, una para escribir y otra para comer: me

parece que había también un banco y unas tres sillas muy pobres. Todo daba indicio de un verdadero espartanismo. El General estaba ausente y había ido a comer a bordo de un falucho en que se hallaban los diputados de Buenos Aires: este buque con una goleta eran los que habían saludado el día antes al General con el mismo motivo y cuyos cañonazos oímos en el camino. Fuimos recibidos por D. Miguel Manuel Francisco Barreiro, joven de 25 años, pariente y secretario del General, y que ha participado de todos sus trabajos y privaciones: es menudo y débil de complexión, tiene un talento extraordinario, es afluente en su conversación y su semblante es cogitabundo, carácter que no desmienten sus escritos en las largas contestaciones, principalmente con el Gobierno de Buenos Aires como es bien notorio.

A las cuatro de la tarde llegó el General, el Sr. D. José Artigas, acompañado de un ayudante y una pequeña escolta. Nos recibió sin la menor etiqueta. En nada parecía un general: su traje era de paisano, y muy sencillo: pantalón y chaqueta azul sin vivos ni vueltas, zapato y media blanca de algodón, sombrero redöndo con gorro blanco y un capote de bayetón eran todas sus galas, y aun todo esto pobre y viejo. Es hombre de una estatura regular y robusta,

de color bastante blanco, de muy buenas facciones, con la nariz algo aguileña, pelo negro, y con pocas canas: aparenta tener unos 48 años. Su conversación tiene atractivo, habla de quedo y pausado: no es fácil sorprenderlo con largos razonamientos, pues reduce la dificultad a pocas palabras, y lleno de mucha experiencia tiene una previsión y un tino extraordinarios. Conoce mucho el corazón humano, principalmente el de nuestros paisanos, y así no hay quién le iguale en el arte de manejarlos. Todos le rodean y todos le siguen con amor, no obstante que viven desnudos y llenos de miserias a su lado, no por falta de recursos, sino por no oprimir los pueblos con contribuciones, prefiriendo dejar el mando al ver que no se cumplían sus disposiciones en esta parte y que ha sido uno de los principales motivos de nuestra misión.

Nuestras sesiones duraron hasta la hora de la cena. Ésta fue correspondiente al tren y boato de nuestro General: un poco de asado de vaca, caldo, un guiso de carne, pan ordinario y vino servido en una taza por falta de vasos de vidrio: cuatro cucharas de hierro estañado, sin tenedores ni cuchillos, sino los que cada uno traía, dos o tres platos de loza, una fuente de *peltre* cuyos bordes estaban despegados, por asientos

tres sillas, y la petaca, quedando los demás en pie. Véase aquí en lo que consistió el servicio de nuestra mesa cubierta de unos manteles de algodón de Misiones pero sin servilletas; y aun según supe, mucho de esto era prestado. Acabada la cena fuimos a dormir y me cede el General no sólo su catre de cuero, sino también su cuarto, y se retiró a un rancho: no oyó mis excusas, desatendió mi resistencia, y no hubo forma de hacerlo ceder en este punto. Yo como no estaba aún bien acostumbrado al espartanismo no obstante el que ya nos habíamos ensayado un poco en el viaje, hice tender mi colchón y descansamos bastante bien.

Junio 13 de 1815. Muy temprano, así que vino el día tuvimos en casa al General que nos pilló en cama: nos levantamos inmediatamente dije misa, y se trató del desayuno; pero éste no fue ni de té, ni de café, ni leche ni huevos porque ni lo había, ni menos el servicio correspondiente: tampoco se sirvió mate, sino un gloriado que es una especie de ponche muy caliente con dos huevos batidos que con mucho trabajo. encontraron. Se hizo en un gran jarro y por medio de una bombilla iba pasando de mano en mano, y no hubo otro recurso que acomodarnos a este espartanismo a pesar del gran apetito por cosas

más sólidas que tenía nuestro vientre originado de unas aguas tan aperitivas y delicadas, no sirviendo nuestro desayuno sino para avivarlo más.

Yo estaba impaciente de concluir con nuestra comisión para bajar al puerto y registrar la costa del río; lo que no pude conseguir hasta después de la comida, que fue enteramente parecida a la cena con sólo el haberse agregado unos bagres amarillos que se pescaron en el Uruguay. Bajamos todos juntos al río.

Se baja por un camino muy suave, y espacioso, que tendrá unas 20 cuadras, siendo los dos tercios entre árboles en todo parecidos a los del Río Negro, a excepción de uno que otro que no pude clasificar por falta de caracteres y no ser la estación oportuna. Al acercarnos al río el camino era arenisco y de arena gruesa: no hay barrancas altas, y se explaya bien el río: hay muchos pedernales sueltos y ágatas en [las que] la naturaleza ha agotado todos sus caprichos, representando mil figuras como de frutas petrificadas, y por tales las tiene el vulgo. Es verdad que sus aguas tienen fama de ser muy petrificadoras; y yo he visto grandes trozos de ñandubay en esta forma. El río tiene aquí a mi juicio una milla: mucho fondo, pues una balandra que estaría como a 100 varas, contaba unas

12 brazas y una goleta de los diputados que estaba a doble distancia tendría unas 20 brazas; y se dice que en la canal no se alcanza el fondo. Su corriente no debe ser muy rápida porque advertí que pasaba al otro lado con facilidad una canoílla. En el puerto había unos ranchos que servían de cuerpo de guardia, y [en] uno de ellos estaban los Jefes de los cuerpos de Buenos Aires que sostenían a Alvear, y después de su caída, fueron remitidos con una barra de grillos a la disposición de nuestro General, quien los tenía en custodia con ánimo de volverlos, como después se ha verificado. Conducta que ha sido con justicia sumamente aplaudida por los buenos americanos; y que ha acabado de desengañarlos que nuestro Héroe no es una fiera ni un facineroso, como lo habían pintado con negros colores sus émulos o envidiosos de su gloria.

Junio 14 de 1815. En este día bajaron a tierra los Diputados de Buenos Aires, Pico y Dr. Rivarola, que nada pudieron tratar hasta no haberse concluido nuestra comisión. Por la tarde llegó un indio de Misiones, capitán de aquellas milicias, con pliegos en que avisaba de la retirada de los paraguayos hasta Candelaria: pedían municiones y armas que se le dieron y

llevaban en una carretilla. Los paraguayos han tenido una conducta muy ambigua y contradictoria y poco han hecho por la causa de América; y después de esto trataban de aumentar su territorio a costa de nuestra Provincia lo que no podía permitir nuestro General. Concluimos nuestra misión y por extraordinario remitimos nuestros pliegos, pues nosotros yendo en carruaje debíamos demorarnos más de lo que exigía la importancia de la contestación.

Día 15 de Junio 1815
Vuelta

Día 15 de Junio. Salimos a las 12, llegamos a Rabón a las 2 y 20, al arroyo Negro a las 3 y 10 y a la Posta a las 5 de la tarde en donde pasamos la noche. Doce personas dormimos en la cocina de 8 varas de largo y 5 de ancho, negros, indios y peones.

Día 16. Salimos a las 8 1/2 y llegamos a galope a la Zanja Honda a 10 1/2 que echa 6 leguas: encontramos en el camino más venados que en parte alguna, y se dejan acercar a tiro; arenales y pocos cardos, muchos macachines.

Dos leguas antes pasamos las puntas de Román, que abajo tiene arboleda. Comimos en esta posta un asado y salimos a las 12. Llegamos a la 1 1/2 a galope a la estancia de Haedo, en donde vi un chimango todo blanquizo a excepción de la espalda y alas negras y fajas en la cola negruzcas; pies y pico amarillos y una lista confusa sobre los ojos, oscura. Está esta estancia sobre el Uruguay: 20 cuadras distante; islas enfrente. No encontramos caballos, y se nos dijo que en la posta no los había y así con los mismos salimos al trote a las 3 y 10, dirigiéndonos a las taperas de Haedo, en donde no hay ya sino un montecillo de membrillos y algunos duraznos; tardamos 3/4 en llegar y se cree hay más de una legua. Bajando esta estancia abandonada hay un arroyo o punta del Río Negro que queda a la izquierda, buen paso, con arboleda. A la legua pasaríamos otro arroyuelo e íbamos dejando islas de árboles a uno y otro lado, por lo común de algarrobos y espinillos. En el camino se encuentra piedra calcárea y otra tan roja que a veces he sospechado que haya mercurio.

A las 4 1/2 llegamos al paso de Mercedes y a las 5 3/4 estábamos con equipajes, carretilla y 12 hombres que todo condujo de una vez la chalana. Nos alojamos en la misma casa, y

nuestra cena fue tan parca como la primera noche que llegamos a este pueblo. En él se hallaba Rivera con su gente de guarnición, joven de buen personal, carirredondo y de bastante desembarazo y urbanidad: él fue el que mandaba en la acción de los Guayabos que ganó a los porteños.

Día 17. Así que nos despertamos se dio orden para que avisasen a los caballerizos que habían quedado con las mulas y caballos que los trajesen, y se aprontó el coche: se despacharon 4 soldados y un sargento para que se fuesen por otro lado por minorar nuestra gente a fin de no incomodar tanto al vecindario, debiendo nosotros tomar el camino de Santo Domingo Soriano.

Salida de Mercedes

Día 17 de Junio. Así que salió el sol nos levantamos y se dio orden para que viniesen las mulas y caballos que habíamos dejado y se aprontó el coche; pero siendo muy pocos los caballos pedimos algunos más al Comandante Ramírez, y como éstos se demoraban, nos

compusimos con los que teníamos y dejamos cuatro soldados y un sargento, para que tomasen otra ruta, a fin de no molestar tanto al vecindario, debiendo nosotros dirigirnos por Santo Domingo Soriano.

Nuestra salida fue a la una del día: a la media legua pasamos el arroyo Dacá, buen paso y con arboleda. A las tres llegamos a la Posta, que dista de la villa 2 1/2 [leguas]: el camino está cercado por ambos lados por cardos de Castilla. No se dejan ya ver los peñascos de granito, sino de piedra calcárea, que apenas asoman al ras del camino. Enseguida de la posta se sigue un arroyuelo que llaman de Asencio, buen paso y arboleda. Hasta aquí íbamos tan próximos al Río Negro, que dejábamos isletas a la izquierda.

Desde aquí principiamos a separarnos de este río, y subimos unas colinas que llaman los Cerritos, muy parecidos en su forma a los de Montevideo, pero no parecen compuestos de sus piedras pizarrosas, y a lo lejos no parecían sino alguna tosca. En ellos no hay otras plantas que cardos de Castilla y asnal, algún alfilerillo, Geranium... Así que doblamos estas alturas vimos en las cuchillas algunas poblaciones. Ya iban muy fatigados nuestros caballos, y nos acercamos a una hacienda que estaba inme-

diata, y supimos era propia del Comandante de Soriano D. Leonardo Britos. Está bien provista de caballos: una gran majada de ovejas, y ganado vacuno, que cubrían los campos inmediatos. Las casas están sobre una colina de piedra calcárea: hay arboleda de duraznos, tomamos un mate con azúcar y nos instaron a que bajásemos del coche pero ansiosos de llegar no aceptamos su buen agasajo.

A las 4 1/4 llegamos al arroyo de las *Maulas*, que dista unas dos leguas de *Soriano;* tiene gran arboleda, y buen paso. A la legua se nos volcó la carretilla en una barranca, pero felizmente sin daño alguno. Al entrar la noche llegamos a tocar con un pantano, por el frente de Soriano, de una legua que nos dijeron era intransitable para el coche y mucho más de noche; y así preferimos rodear por la cuchilla a la derecha. Nuestros peones no tenían conocimiento de este camino, y por no molestar al vecindario no quisimos sacar vaqueano de un rancho que había en esta encrucijada y nos contentamos con que nos dijesen el rumbo que debíamos tomar dirigiéndonos a un ombú (Phitolaca dioica). Pero a pocos pasos perdimos el camino, y nos metimos en unos bosques de cardo, y ya sin tino unas veces caíamos a la derecha y encontrábamos el bañado, otras a la izquierda

y cada vez más se espesaban los cardales. Se fatigaron las mulas y caballos, y ya temíamos pasar la noche; pero el gran pesar de ver las luces y ladridos de perros, que nos indicaban estar próxima la población; pero queriendo hacer rumbo hacia ella no encontrábamos sino pantanos. Nos fue pues preciso pararnos así para dar descanso a las mulas, como con más sosiego pensar lo que habíamos de hacer en este apuro. Mientras tanto los mismos peones se derramaron en todas direcciones, y al cabo de buen rato, a una larga distancia gritó uno haber encontrado un buen camino carril hacia la derecha y que sin duda conducía al puente. Esperamos a que retornase para que él mismo nos condujese: pasamos varios barrancos, y gran trecho de cardales, antes de ponernos en el camino. Serían las 7 1/2 cuando lo encontramos, y fue para nuestra gente de tanta satisfacción y contento que dieron grandes gritos de alegría, y nosotros no la tuvimos menos, pues nuestra pobre gente no había comido en todo el día, y nosotros sólo habíamos probado apenas un pedazo de chorizo, y aun esto había sido nuestra cena, que no sé cómo teníamos estómago para unos alimentos tan indigestos. Ello es que a uno de nuestros peones que participó de nuestra cena le dio un

cólico y fue preciso dejarlo en la primera posta. Tan infeliz está el pueblo más rico y de más grandes recursos de esta campaña, que habiendo gastado dos pesos no pudimos cenar otra cosa. En fin a poco trecho hallamos el puente. Yo estaba en él y creía pasar un riacho, que pasaba por encima, dando el agua por las rodillas de los caballos: al pronto me persuadí que se habrían cegado los ojos del puente o alcantarilla y de este modo se habría inundado; pero supe después, que nunca fue puente, sino una calzada, que nos sirvió no poco para ahorrar estos grandes bañados que circundan a Soriano. Habrá media legua del puente a este pueblo, y el camino que sigue es llano aunque bastante arenoso. Cerca de las 8 llegamos, y nos bajamos en casa del Comandante D. Leonardo Britos.

Descripción de Santo Domingo Soriano

Era tan triste la idea que nos habían hecho concebir los de Mercedes o los Capilleros de este pueblo, y aun el mismo camino que habíamos traído principalmente [en] su entrada, que creí

encontrarme con un pueblo miserabilísimo. Pero al entrar en él encontré una calle larga, ancha, bien cercada de tunales (Cactus círeus) altos, muy llanas, de una pendiente muy suave, sin pantanos ni barriales, sino que caminábamos sobre un terreno firme con una pequeña porción de arena, que contribuía al aseo de las calles, al mismo tiempo la manzana en donde nos alojamos era la mayor parte de edificios bien construidos, que creí ser esta población superior a Mercedes. A esta idea no contribuyó poco el grande acogimiento que experimentamos por parte del Comandante y de toda su honrada familia. Se nos puso una cena abundante con todo el servicio que podíamos encontrar en una ciudad. Se nos destinó una casa por separado para nuestra gente, también de azotea, con abundancia de carne, leña y agua; y a nosotros se nos preparó en su misma habitación una pieza con camas más que decentes de muchos volados, sillas, mesa y recado de escribir, no habiendo permitido que desliásemos nuestros equipajes. En fin con esto reparamos en gran parte los trabajos pasados, y dormimos muy tranquilamente, sin [que] nos incomodasen, ni el humo grasiento de las cocinas, ni los gallos y perros y de consiguiente las pulgadas de las jornadas anteriores.

Domingo día 18 de Junio. Así que amaneció mi primer cuidado fue salir a la calle a observar el pueblo, dirigiéndome a la iglesia para celebrar; pero estando aún cerrada, seguí hasta el puerto, que distará de la población unas 600 varas. No se veían de esta parte sino edificios arruinados, y apenas algunos vestigios de otros que fueron incendiados por una expedición que vino por el río desde Montevideo, y en que padeció tanto este pueblo en todo el resto de ella, habiendo sido tratado con todo el rigor de la guerra, no quedándoles casi nada de lo que tenían estos infelices. El puerto es bueno, con buen desembarcadero sin barrancas, ni malas subidas de pantanos, en playa arenisca, y todo aquel frente enteramente limpio de bosque y arraigones como en Mercedes. Tendrá aquí el Río Negro muy cerca de una milla de ancho, y se manejan con canoas como en Mercedes, aunque también vi que había un bote correspondiente a un inglés, que [se] había metido a leñatero, y a quien compré una jaula con 10 urracas por 2 pesos. Este extranjero ya tenía una balandra, que viaja a Buenos Aires; no habiendo sido sino un soldado.

A las ocho y media procuré por el sacristán que se abriese la iglesia para poder celebrar: al entrar en este templo me sentí poseído de un

respeto y devoción extraordinarios al considerar que este fue el primer lugar consagrado al Dios verdadero en ésta nuestra Provincia Oriental, Matriz de toda esta campaña, y que aún disputa su vecindario la antigüedad a Buenos Aires, aunque los más convienen ser su fundación 30 años posterior solamente. Aumentaba mucho más mi devoción, por haber oído la noche anterior algunas devotas tradiciones que conservaban algunos respetables ancianos descendientes de los chanás una pequeña tribu de las muchas naciones que poblaban esta banda. Por las varias conversaciones que tuve con esta buena gente, deduje: que un religioso de la orden de Predicadores (cuyo nombre no pude averiguar algunos dicen, se llamaba Fray Agustín) en virtud del instituto de esta orden había pasado a esta banda y predicado el Evangelio a la grande y belicosa nación de los charrúas, y que aunque al principio fue bien recibido, luego lo abandonaron y que sabido por esta pequeña nación de los chanás sus enemigos, ellos mismos espontáneamente buscaron al misionero apostólico, y se convirtieron al verdadero Dios: fundaron su pueblo un poco distante de donde está hoy; pero perseguidos por los charrúas se retiraron a las islas, y aun allí eran molestados, hasta que aumentando

sus defensas pasaron a fundarlo en este lugar, rodeando el templo de una gran estacada a donde se refugiaban a cualquier alarma.

Aún se conserva en este templo en su altar mayor una pequeña efigie de la Virgen del Rosario, a quien todo este vecindario confiesa deber muchos y particulares favores del cielo. Está retocada y bien conservada, puesta en un gran nicho, pero tan oscuro que no pude distinguirla bien, pero me pareció regular. Sobre este nicho hay un lienzo de cerca de [una] vara mal colocado y oculto mucha parte por el nicho de la Virgen que no pude comprender bien lo que representaba: me pareció ser un Salvador que tenía en las manos un lienzo de Santo Domingo de Guzmán, y presentando a un religioso que está arrodillado y que con mucha devoción recibía en sus manos este presente del cielo: a los lados veía otras figuras que según supe después eran la Dolorosa y San Juan; y que el religioso fue el Apóstol de estas gentes. Ellas creen que éste es un pasaje verdadero: pero sea lo que fuere de esto, el cuadro es de lo mejor que hay en la iglesia; pues el otro de Santo Domingo y Virgen del Carmen que hay en otro altar a la derecha es muy chabacano: lo mismo que las efigies que hay en otro a la izquierda de Santo Domingo y San Juan.

La iglesia está hecha de nuevo: es de ladrillo y barro, con el techo de tejuela, pero que se llueve toda y me parece que sea por falta de tirantes o buen enmaderado, aunque los vecinos creen dependa de los muchos balazos que recibió de los barcos enemigos, y que la estremecieron toda. Tendrá de largo unas 30 varas con el pórtico sobre [el] que está el coro: tiene arriba una pequeña espadaña con dos campanas: pila bautismal y buena sacristía con ornamentos preciosos. La casa capitular está enfrente de azotea con una pieza contigua para escuela de primeras letras.

Después de misa dimos una vuelta por el pueblo, que aunque me pareció menor que anoche, no por eso deja de ser tan bueno como Mercedes, ni encuentro motivo para que se [le] quiera despojar de las prerrogativas que le competen como Parroquia Matriz tan antigua. Tiene dos calles principales de E. O., de unas 5 cuadras, puede extenderse hasta la loma más de una milla, las traveseras correspondientes: hay muy buenas casas de ladrillo de mucha comodidad y algunas con rejas a la calle: casas de abasto provistas de cuanto buscamos. Entramos en varias huertas en donde observé que la tierra no es ingrata; y que dan bien los duraznos, damascos, olivos y más que todo

naranjos habiendo en una de ellas cerca de doscientos: producen bien las batatas y zapallos en tierra arenisca. Esto juntamente con la salubridad del clima, pues [he] encontrado personas muy ancianas, la buena agua, leña, y buen puerto más cercano que el de Mercedes, creo sean motivos bastantes para que se le mire con respeto y más consideración que hasta el presente.

Salida para San Salvador

Día 18. A la una después de haber comido muy decentemente, y tomado café, nos despedimos con la mayor urbanidad y agradecimiento; pero no satisfecho aún nuestro generoso Comandante con los obsequios anteriores, nos llevó al coche para el camino dos grandes sandías que para el tiempo son raras, y dos buenos quesos, los que agregados al pan, vino, naranjas que compramos a 5 por medio, no temíamos pasar la noche en el campo en caso de volvernos a perder; bien que nuestra jornada debía ser corta, por ser nuestro destino el pueblo de San Salvador distante solamente de 4-5 leguas. Tomamos el mismo camino del

puente por donde entramos anoche; dejando a la izquierda el Río Negro con grandes arenales: no hay piedra ni tosca, y solamente advertí muy cerca del pueblo a uno y otro lado muchas conchas fósiles con [que] se puede hacer cal y que me parecieron de la misma especie que la de Buenos Aires y que aún se encuentran vivas en el Río de la Plata y puerto de Montevideo (Mya labiata, Frans. ph. Ionds.). A las dos leguas y media encontramos un arroyo, el Bizcocho, con arboleda y buen paso, sobre él está la estancia de la Virgen de Soriano, sin advertir ganado, sigue después la cañada de Magallán también con algunos árboles y buen paso; poco después principiamos a ver el pueblo y arroyo de San Salvador: pero fue preciso seguir más arriba al paso de la Cruz, porque el otro que está frente del pueblo está a nado y se necesita de bote. Este riacho tiene barrancas muy profundas y aun la arboleda está dentro de ellas, de modo que debe tener muy pocos pasos para carruajes. El de la Cruz es ancho, de buen fondo y el agua llegaba apenas al encuentro: habrá como una milla del pueblo, al que llegamos a las 4 1/2 de la tarde.

Pueblo de San Salvador

Nos dirigimos a la casa del cura interino el R. P. Lector Fr. Mariano Piedrabuena por el conocimiento que teníamos y por ser muy íntimo amigo y hermano de la misma orden seráfica que nuestro compañero el R. P. Lector Fr. José Lamas. Así que nos vio nos recibió con los brazos abiertos, celebrando infinito nuestra sociedad, que otro tanto le fue grata cuando menos lo esperaba. El que está acostumbrado a vivir en pueblos grandes, y mucho más un religioso que por su instituto vive en comunidad, rodeado siempre de personas ilustradas de que abundan estas órdenes religiosas de América, extraña más que ninguno estos destinos, y ama en extremo la sociedad, y lejos de ser unos misántropos y egoístas como quieren los libertinos, son los que más miran por el bien común, y como personas desinteresadas y acostumbradas a vivir con poco, son por hábito generosas y llenas de una fraternidad, que nos es común en los otros estados. Ello es que este buen religioso no supo qué hacerse, luego nos

ofreció mate, café, licores, cigarros y todo cuanto su situación le permitía. Estimado sobremanera de su pequeño pueblo, a la menor insinuación se puso todo en movimiento, no hubo vecino que no viniese a saludarnos, y llegada la hora de la cena, pocos fueron los ranchos de donde no viniera un presente; de modo que tuvimos una cena abundante; y se puso una mesa como de comunidad, asistiendo a ella todos los vecinos respetables: el rato [fue muy] bueno y muy alegre, lleno de mil chistes. Al fin de la mesa hablamos de muchas ideas útiles; y de los mejores sentimientos de aquellas honradas gentes sobre el fomento, progresos y educación de su pueblo, inspirados la mayor parte por su cura.

El pueblo es pequeño, de unas 20 familias, todo él, de ranchos de paja pero con cercos formando calles a cordel: hay ya un horno para ladrillo y principian a construirse casas de este material. La iglesia es también de paja de unas 16 varas, enlucida y blanqueada por dentro. No tiene sino un altar con un gran nicho en que está la Patrona que es una Dolorosa de dos pies de alto y de muy buena escultura. Todo esta con el mayor aseo.

Día 19 de junio. Por la mañana supimos

que había llegado al puerto un buque de Buenos Aires que traía la noticia que Pezuela continuaba retirándose y que ya había pasado del Desaguadero, y que Rondeau ocupaba a Potosí y Chuquisaca. Fui al puerto que dista a lo menos 15 cuadras, buen camino; me pareció bueno y cómodo: la balandra estaba amarrada como en el riachuelo, atracada a la costa en donde no hay piedra alguna, y por medio de una tabla o plancha bajaban en tierra y cargaban: me dijeron los mismos del buque que el río tiene de 2-2 1/2 brazas, que no habían experimentado mayor corriente cuando subía, y que desemboca en el Uruguay a cosa de 6 leguas.

Los vecinos se quejaban de los trabajos que habían sufrido con las repetidas mudanzas del pueblo, que ya llevaba 4. La primera sobre el Espinillo: la 2ª sobre el Uruguay, entre éste y el Espinillo; la 3ª otra vez en el Espinillo, y la 4ª por último donde hoy está sobre [el] San Salvador hace 13 años; pero que el lugar más a propósito es el Uruguay, por la mejor agua, leña, pescado en abundancia, etc.; y que por intereses particulares sostenidos por un asesor del antiguo gobierno, se les había desalojado a pesar de mil fundadas representaciones de unas claras ventajas al Estado.

Otra de sus quejas de que ya habían infor-

mado a su diputado era, los gastos que hacían obligándoles a ir a la Colonia con sus frutos como puerto preciso para pagar un real y medio por cada cuero, pudiendo en su puerto cobrarse este derecho. Yo creo muy bien que esta renta en caso de subsistir por las urgencias presentes podría administrarse como la de Correos: y aun el mismo administrador o Comandante podría cobrarla.

Salida de San Salvador

19. A las 10 después de un buen almuerzo salimos acompañados del cura, comandante y otros vecinos para la posta del Espinillo. Hay tres leguas a este lugar, y todo el campo está cubierto de cardo asnal, no habiendo encontrado más que una cañada a la 1/2 legua que llaman de Fulgencio. El camino es bueno y bien llano sin piedras, ni pantanos. Llegamos a la posta a las 11 1/2: ya estaba preparada la comida por dirección del mismo cura, y fue.aun más abundante. Cerca de la 1 1/2 salimos para las Víboras, jornada de 6-7 leguas. El camino [es] tan llano como el anterior; pero cesaban los cardales, y por mucho trecho no encontramos,

sino el echium y genenario alfileri[llo]. Pasamos a las tres leguas dos arroyuelos que llaman Arenal Chico y Arenal Grande. Sigue después a las dos leguas y media un arroyo que llaman de Polancos, sin arboleda y con mucho ganado en estas inmediaciones, perteneciente a D. Gregorio Illescas, que [es] la única casa que estaba en el camino; mudamos caballos y con tres tiros nos pusimos en el pueblo de las Víboras, que tiene a su entrada unas 12 cuadras de bosque: el pueblo está del otro lado del arroyo cuyo paso es algo pantanoso, y a donde llegamos a las 6 de la noche; y nos acomodamos en lo del comandante Cepeda, en donde cenamos con un regular servicio y sin escasez, y dormimos sobre catres de cuero.

Pueblo de las Víboras

Día 20. Me levanté al ser de día, y pasé a ver la iglesia parroquial que teníamos enfrente. Por fuera no presenta sino un rancho miserable de paja como de unas 20 varas de largo, y parecía una de las más pobres capillas de la campaña; pero cuál fue mi sorpresa, cuando entrando en ella vi un retablo que aunque [de]

gusto antiguo era el mejor de todo el viaje; y tenía algunos visos de arquitectura con varias pilastras y dos columnas salomónicas con capiteles compuestos: tenía muchos dibujos y floripondios dorados con campo azul: en él está la Virgen de Remedios vestida y de regular rostro. El sagrario es de estilo más moderno con pilastras estriadas de orden jónico. En otro altar a la izquierda sin retablo estaba una efigie del Carmen de vestir, también regular. Pero lo que más me agradó fue el púlpito, que tenía pintados en sus 4 fases los 4 evangelistas, y en las tablas que cubren las gradas para subir una Magdalena postrada con un crucifijo en las manos, con la mayor expresión y me ha parecido todo ejecutado por mano maestra y con valentía principalmente la Magdalena. Hay dos buenos confesionarios de cedro, dos lámparas doradas, buenos ciriales con cruz parroquial buenos ornamentos y un cáliz de plata muy bien dorado, y de una forma y gusto tan exquisito, que no lo he visto mejor en parte alguna. Yo celebré en esta iglesia; y por ausencia del cura que estaba en Buenos Aires hicimos con mi compañero el oficio de sepultura de un párvulo con toda la solemnidad posible todo graciosamente por corresponder de algún modo a los obsequios y auxilios que nos proporcionó

aquel vecindario. Supe después que así el retablo como el púlpito vinieron de Buenos Aires y que habían pertenecido en otro tiempo al Monserrat.

Pasé después a ver el pueblo, que está casi emboscado, y aun todavía [tiene] muchos árboles: en su contorno: el terreno es muy desigual, las casas todas de paja, pero muy esparcidas, y tendrá casi la misma población que San Salvador; a pesar de ser mucho más antiguo; ni creo pueda progresar porque los vecinos no tienen tierras, debiendo pagar el arrendamiento de la semilla que siembran; y todos aquellos contornos, lo que está libre de bosque, está lleno de abrojales y otras yerbas perjudiciales; así es que estos vecinos han deseado siempre trasladarlo a la costa del Uruguay, puerto de las Vacas, distante tres leguas solamente; en donde sin duda estaría mil veces mejor y con mejor agua, pues la del pueblo es pésima, pero un individuo poderoso se ha apropiado aquellas tierras, y las tiene enteramente despobladas, no permitiendo ni que se construya un rancho en aquel puerto, teniendo que venir los que aquí se desembarcan a pie hasta el pueblo por no encontrar auxilio ni albergue alguno.

Salida de las Víboras a San Juan

Cerca de las 11 después del desayuno salimos acompañados del Comandante para San Juan que dista unas 12 leguas. A poca distancia ya principió a ser el campo de diferente naturaleza [y] lleno de hermosa grama. A las dos leguas y media encontramos el arroyo de las Vacas con tanta o más arboleda que el de las Víboras, dejándose ésta ver hasta sobre las cuchillas, cosa que no había observado ni aun en el Río Negro. En estos bosques conocí al famoso Yandubai de que tanto negocio se hace, y aunque sin flor ni fruto tiene todo el hábito de una Mimosa espinosa. Pero ni aun en estos grandes bosques encontré un árbol propio para construcción de edificios ni embarcaciones, y cuando más para unas pequeñas curvas y postería. El paso era bueno y arenoso, despidiéndose en él nuestro Comandante, que tuvo la atención de acompañarnos, dejándonos un baqueano para que nos condujese en adelante. En estas inmediaciones encontramos uno o dos ranchos muy pobres: en adelante no vimos

ninguno, ni ganado, sino alguna yeguada hasta San Juan, campo todo él perteneciente a una estancia que era de los Jesuitas, y en el día pertenece a la Casa de Huérfanas de Buenos Aires. Todo este terreno es un campo muy limpio, de un camino muy igual, sin pantanos.

A las 6 leguas de nuestra salida encontramos el arroyo que llaman de las Tunas con paso arenisco, poca agua y alguna arboleda. A dos leguas después [se] principiaría a ver los cerros que llaman de San Juan, que aun lejos con el sol y a causa de los líquenes de que están vestidos, sus peñascos nos parecieron médanos de arena. Aquí pusimos tres tiros porque se iba acabando el día, y no había posada alguna en que pudiéramos recogernos aquella noche.

Con este auxilio más galopamos hasta enfrentar con los cerros en donde ya el camino principió a ser áspero. Estos cerros son poco elevados y serán poco más altos que los cerrillos de Montevideo, aunque uno de ellos más extendido. Están bien cubiertos de verde, con algunos peñascos, que me parecieron de granito, según las piedras que aparecían en el camino: no teniendo tiempo para examinarlas porque el tiempo urgía. Luego inmediatamente encontramos un arroyuelo peñascoso y de arboleda que llaman Miguelete; y a la legua el de San Juan

que es de más arboleda; para ir a la casa de nuestro destino tuvimos que tomar hacia la izquierda buscando un paso excelente de arena; y del otro lado como a 6 cuadras llegamos a nuestra posada a las 6 de la noche. Era un rancho miserable, que amenazaba ruina y estaba todo apuntalado: en fin no encontramos, ni carne, ni más lugar que la cocina en donde guarecernos alrededor de una gran hoguera: pasamos una noche con la misma incomodidad que las que experimentamos de la otra banda del Río Negro: hay muchos tigres, que no era otra menor aflicción. Si las tierras estuviesen mejor repartidas no habría estos grandes desiertos a las inmediaciones de las fecundas riberas del gran Río de la Plata. La casa adonde paramos dista una sola legua del puerto de San Juan, en donde debía hacer[se] una población dándoles tierras competentes para cháca-ras, etc.

Día 21 de Junio. A las nueve salimos para la Colonia que dista 6 leguas solamente por buen camino, pero siempre rodeados de cardales de Castilla. No se encuentra sino un arroyuelo con poca arboleda a las 2 1/2 [leguas] de nuestra salida: llevaba tan poca agua que de un salto se puede salvar: el paso es de arena y cascajo. Aquí

hubo una acción con los ingleses.

Cerca de las 12 1/2 llegamos al Real de San Carlos, que en otro tiempo era uno de los paseos de la Colonia; pero en el día no hay más [que] unos cercos de tunas destruidos, encerrando grandes cardales con una chocita miserable dentro; no hay sino una pobre casa de teja y una iglesia pobre de lo mismo con las paredes de adobe. Desde aquí vimos la primera vez el majestuoso y anchuroso Río de la Plata que se confunde con el Océano; y enfrente la Colonia del Sacramento a una legua de distancia hacia el sur, que tiene una muy buena vista desde aquí, conviniendo todos que su puerto y situación se parecían mucho a la de Montevideo aunque en pequeño. Islas, etc. A la una y media llegamos a la Colonia.

Colonia

Entramos por sobre ruinas, que indicaban que algún tiempo, fue un pueblo rico y opulento; y en efecto fue el depósito del gran comercio clandestino que por muchos años hicieron los portugueses con Buenos Aires; y de consiguiente depósito de mucha parte de las riquezas del

Perú; así es que en el pequeño recinto de 3-4 cuadras de diámetro que tendrá el área de este pueblo se dejan ver de cinco à seis templos; y algunos de un gusto que [en] aquella fecha aún no teníamos, arreglados a una muy regular arquitectura. Tal es la que hoy sirve de parroquia bien que renovada, y que se parece bastante al bello templo del Hospital de Montevideo, tiene dos torres graciosas, elevadas que terminan en pirámide: un coro de un arco muy plano, y atrevido: un bautisterio a la iżquierda de la entrada con una pila de jaspe muy hermoso: a la derecha se dejaba ver una columna, que casi está oculta çon la nueva obra, y que hacía parte de una escalera para subir a la torre. Esta iglesia está poco adornada por dentro, y no hay sino un gran nicho en el altar mayor con una efigie del Carmen casi al natural, vestida y de hermosas facciones: a la derecha en el presbiterio había otro altar del Sacramento con muy buenas efigies a los lados. La sacristía que está por detrás, es espaciosa y muy bien distribuida: en ella encontré dos cuadros pintados al óleo como de vara de alto de los Patriarcas Santo Domingo y San Francisco que merecen estar más bien colocados, pareciéndome el último una pintura del tiempo de las bellas artes en Roma; pero ya está toda desprendida del marco

y dentro de poco no valdrá nada. Hay a más de esto un templete casi sobre los muros que miran al O. que aún se conserva entero, muy bien vestido de adornos de moderna arquitectura y que me dijeron tenía por titular a San Pedro Alcántara. En él apenas cabría un altar y era como una capilla militar con su panteón por debajo. Poco antes de entrar en el pueblo observé una columna al lado del camino con su pedestal, pero sin capitel, que es lo único que ha quedado de otra iglesia que llaman de la (Concepción, con cuatro bóvedas subterráneas que aún se conservan.

Este pueblo estaba amurallado con foso por el lado del campo, pero apenas ha quedado otra cosa que un portón de piedra de sillería de granito, y que me parece tenía puente elevadizo, del resto en el contorno no permanecen sino unos trozos en que se han formado baterías mirando a la entrada del puerto. Como su plan sea el mismo que el de Montevideo en forma de península rodeado por todas partes del río, su fuerza principal estaba hacia el campo en donde parece había una sola cortina con dos baluartes o cubos en sus extremos, pues en esta parte se estrechaba más la ciudad; y creo no llegue a 200 varas.

Las calles y manzanas son irregulares y

cortadas por edificios que se atraviesan, y que no se conforman al plan de nuestros pueblos: también las muchas puertas y ventanas con celosías indican claramente ser obra de los portugueses, que tienen aun hasta ahora esta ridiculez, que hace [a las] calles tristes y a las casas sombrías y poco saludables. Éstas son de piedra de mampostería y de tejado: había algunas de dos cuerpos con balcones de madera también con celosías; pero las más están en ruina. Lo mejor que hay es una casa moderna que llaman la Comandancia, obra nuestra, muy capaz, con balcones sobre el río. Este pueblo lejos de adelantar va en deterioro y dentro de poco tiempo no habrá sino ruinas. La causa principal según he averiguado, consiste en que no han querido darse en propiedad aquellos solares, y nadie quiere edificar en tierra ajena.

Hay muy poca población y creo no pasa de 50 familias: ello es que las calles y plaza están llenas de yerbas, abundando particularmente la espinaca... que se cría espontáneamente, y que no la he visto en otra parte. No hay sino un sacerdote que es el párroco: un cabildo secular de pocos capitulares: un comandante militar con 60 hombres de guarnición.

Acaba de habilitarse este puerto por el Jefe

de los Orientales con un Administrador de Aduana, que es al mismo tiempo Ministro de Hacienda y Comandante del Resguardo: hay en el día gran negocio de cueros; y ya tienen los ingleses en su inmediación un matadero: había en el puerto dos buques pequeños solamente, con el pabellón británico. Los buques de mayor porte quedan más afuera al abrigo de varias islas que defienden del viento S. O. o pampero, que es el más temible en este río.

El embarcadero está al norte: no hay muelle, y toda la costa en contorno es áspera y brava como la de Montevideo, pero no de granito sino de piedra pizarra con la que están construidos todos [los] edificios de este pueblo. La parte del E. del puerto forma una ensenada con grandes arenales: en fin es casi en todo, un Montevideo en pequeño.

Día 22 de junio. Salimos de la Colonia a las 9 que dista del Colla para donde íbamos a hacer jornada 11 leguas, tomando el camino de abajo a las tres leguas encontramos el Riachuelo con arboleda y buen paso: se sigue después el Sauce también con arboleda y paso [de] cascajo. Hay hacia la barra de este arroyo que entra en el de la Plata, un puerto bastante cómodo y en [el] que alguna vez entraron fragatas de Medina

para cargar en su muelle provisional. Después encontramos el Minuán que es un bañado de los más pantanosos que hemos tenido en el viaje y bastante ancho y distará del anterior como media legua, y de éste al *Colla* a las 4 1/2 de la tarde tres leguas y media. La población está en una llanura antes del arroyo de este nombre. Las casas están derramadas y [son] pocas. La iglesia de paja de la misma forma que las anteriores con una imagen del Rosario en un mal nicho y papel pintado en el testero: es oscura y pobre. No hay cabildo sino un Comandante militar. Los vecinos sostienen un antiguo pleito contra un particular que quiere apropiarse aquellas tierras, y los han reducido a unas miserables chácaras entre peñascales. El pueblo debía estar fundado sobre el puerto del Sauce en cuyo rincón hay abundancia de leña de espinillo de que se utilizarían los vecinos y los limpiarían en parte, estando en el día unas tierras excelentes, abandonadas. Aquí vi por la primera vez un avestruz albino ya sumamente doméstica. Fuimos muy bien alojados.

Día 23. Salimos para San José que dista 13 leguas. Lo primero que encontramos fue el arroyo del Rosario a distancia de una legua:

tiene buen paso de arena y arboleda. La estancia que llaman del Rey está del otro lado; toda cubierta de chircales una especie de Molina de la Flora Peruana y llega hasta Cufré que es hondo con arboleda y dista 5 leguas. A este arroyo se extendía antes la jurisdicción del gobierno de Montevideo; principian las gramas, se sigue después Pavón arroyo con mucha caída y hondo en lo de Durán, que está [a] tres leguas. En la posta fue preso el Virrey Marqués de Sobremonte en febrero de 1807 por las tropas de Buenos Aires después de la toma de Montevideo por los ingleses en 3 del mismo. A las 5 1/2 de la tarde llegamos a San José que dista de Pavón 4 leguas.

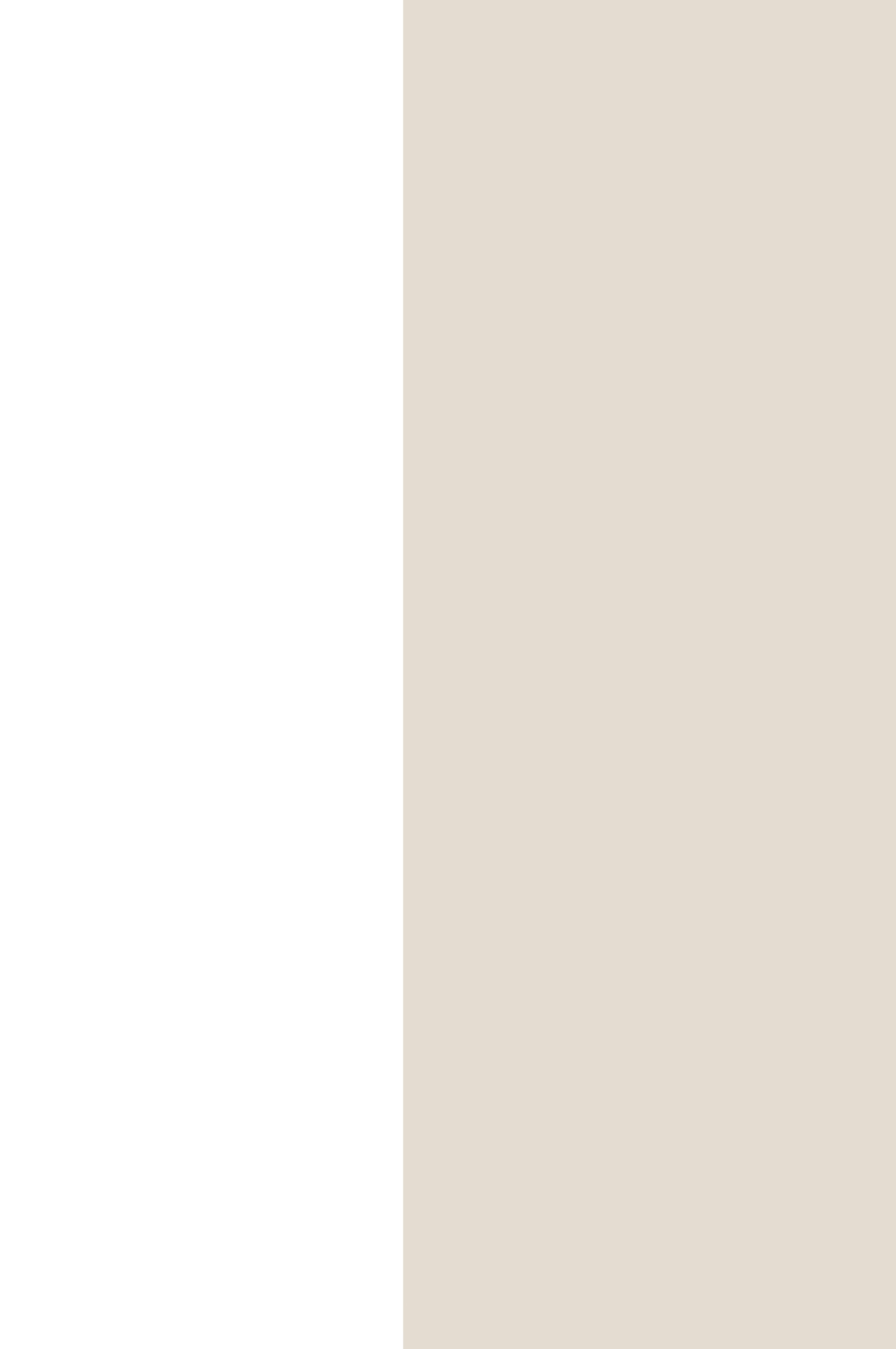
Día 24 de junio. Salimos a [las] 11 de la mañana para Canelones 9 leguas, pasando este río por el paso de José Ignacio con mucho bañado a 2 leguas del pueblo río abajo: por este camino Cañancha es pantanoso con alguno [que] otro árbol: el camino es muy llano hasta Santa Lucía: no hay piedras y tienen poca salida las aguas; y así hay varios pantanos. Vimos un hombre de la estancia de Chopiteä a más de 2 leguas. A las 4 de la tarde pasamos Santa Lucía y no llegaba el agua a los encuentros. No llegamos a la Villa por no detenernos y

en un vado mudamos caballos, y caída la tarde vi que una grande banda de tordos en forma de pasa se dirigían hacia el bosque volando muy rastreros, naturalmente a pasar la noche entre los pajonales. Había llovido a la media legua del paso y fue fortuna que no hubiéramos tenido las mismas aventuras. A las 6 llegamos a Canelones. Estaban en el rosario y advertí que tenían órgano con un buen organista indio de Misiones.

Día 25. Salimos a las 12 y llegamos a lo del Regidor, una legua de la ciudad, a las 5 1/2 en donde pasamos la noche, supimos que ya salía la gente de Otorgués.

Día 26. Salimos a las 9 y llegamos a las 10 3/4 a la casa capitular en donde dimos cuenta de nuestra misión.

Este libro se terminó de imprimir en el
mes de diciembre de 1994 en los talleres
gráficos de **Prexil srl**
J. Herrera y Obes 1483
Telefax 98 13 06,
utilizándose en el interior papel fanacote
170 grs. y para la tapa creagloss 220 grs.
Dep. Legal Nº 291016



La primera descripción de
los caminos del Uruguay. (1815)

